

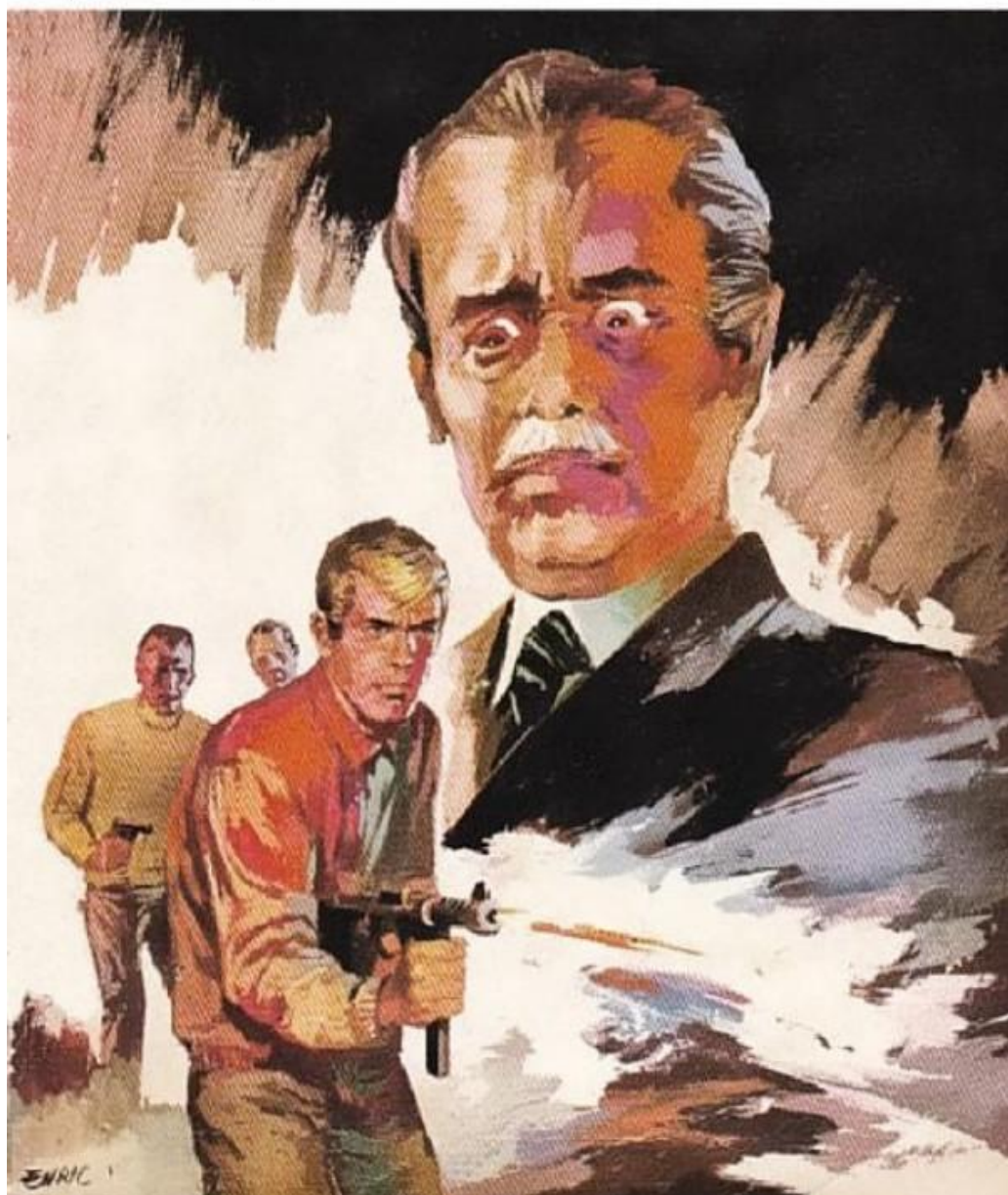
BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

ronda de verdugos

peter debry



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



PETER DEBRY

RONDA DE VERDUGOS

Colección PUNTO ROJO N° 525

Publicación Semanal

Aparece los SÁBADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

BARCELONA – BOGOTA – BUENOS AIRES – CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 7.382 – 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: mayo, 1972

© **PETER DEBRY – 1972**

texto

© **ENRIQUE MARTIN – 1972**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 – Barcelona – 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **BISONTE**:

1.159. — Pista para pistoleros.

En Colección **SERVICIO SECRETO**:

1.134. — Pioneros de Atlantropa.

En Colección **BÚFALO**:

950. — Cazador de apaches.

En Colección **CALIFORNIA**:

807. — La muerte a la grupa.

En Colección **SALVAJE TEXAS**:

805. — La ley de los pistoleros.

En Colección **COLORADO**:

716. — La forajida y el trampero.

En Colección **PUNTO ROJO**:

515. — El clan de los matones.

En Colección **ASES DEL OESTE**:

663. — La marca del desesperado.

En Colección **KANSAS**:

720. — Banda de embrujados.

En Colección **BISONTE, SERIE AZUL**:

3. — La piel del cazador.

En Colección **BRAVO OESTE**:

550. — Dos para un patíbulo.

CAPÍTULO PRIMERO

El despacho de Gaston Baylac tenía dos puertas. Una comunicaba con su secretariado, y la otra, dando a una escalera de servicio.

Una escalera sombría que se ahondaba como un pozo en los cuatro pisos de la antigua casa de Burdeos. Una salida de emergencia que en ocasiones le era de gran utilidad.

Cuando efectuaba paseos inquietos y nerviosos por su despacho, se detenía a veces maquinalmente para descorrer la mirilla de la puerta y dedicar un vistazo a la actividad de sus empleados de su inmobiliaria. *La Inmobiliaria Paradis*.

La voz temerosa de Monique, la guardiana de la antesala, susurró por el intercomunicador:

—Un señor llamado Sylvestre. Viene de París y desea verle inmediatamente.

—No conozco a nadie con este nombre —gruñó Baylac—. Háglele rellenar una ficha y que pase dentro de dos o tres días.

—Dice que le envía la EGSA. Debe tratarse de la cita de las seis de la tarde que marcó usted con un interrogante.

—Bien. Que pase.

Al entrar, Sylvestre quedó deslumbrado. El despacho estaba decorado en blanco y verde, con una amplia mesa en forma de herradura. Tras ella, sentado, el dueño de la empresa continuaba firmando la correspondencia de la jornada.

El corto cabello crespo, rojizo y cenizoso, peinado a navaja, enmarcaba un rostro cuadrado de maxilares voraces, y bigote en cepillo que hacía resaltar la línea delgada y dura de los labios.

Con su habitual entonación áspera, dijo Baylac:

—Cuestión de segundos...

Sylvestre aguardó en pie, sin molestarse por la fría acogida. La práctica profesional le había demostrado que los fulanos que necesitaban de un ángel de la guarda eran por lo general gente de mal genio.

Baylac cesó por fin de emplear el bolígrafo y alzó la mirada. El primer vistazo le satisfizo. El enviado por la EGSA era un atleta de buen aspecto y podría pasar fácilmente por chófer particular.

—¿Qué edad tiene usted?

—Treinta y ocho años.

—Yo solicité de la EGSA que me enviaran un hombre joven y dinámico.

—No hay que fiarse de las apariencias. Tengo la edad adecuada para un chófer de buena casa. Y sé observar a la gente y calar sus intenciones.

Al hablar detallaba calmosamente al hombre inquieto y colérico sentado frente a él.

—¿Dónde ha trabajado usted?

—En Burdeos hasta hace unos años. El patrón ha pensado que apreciaría usted esta ventaja. Aquí tiene su carta de presentación, mi ficha de referencias y el contrato de la agencia Escoltas Garantizados, Sociedad Anónima, con duplicado. Si no le hago el peso, devuelva todo este papeleo a la agencia con otra petición. Ya le encontrarán a alguien en menos de veinticuatro horas. Yo cogeré el tren esta misma noche de vuelta a París.

Ceñudo, Baylac fue ojeando la documentación. El rostro liso y sonrosado de Sylvestre sonreía candorosamente.

Su melena rubia hacía caracolillos en la nuca. Vestía muy correctamente un traje gris de alpaca, camisa blanca, corbata oscura. Sus ojillos redondos, de un azul metálico, contemplaban sin parpadear el rostro agresivo del cliente.

Por fin Baylac firmó los dos contratos con rasgos decididos y rápidos.

—¿Dónde tiene su equipaje?

—Una maleta. Abajo, en la portería.

—La recogerá al salir. Desde mediados de junio vuelvo cada noche a mi chalet de Mimizan. Tendrá un cuarto en el chalet y otro en Burdeos, en mi apartamento de la avenida de Orleáns.

—¿Y el coche?

—Utilizo dos. Un «D. S.» de la inmobiliaria y mi coche personal, un «Comet». Procure no estropearlos.

—No se inquiete.

Baylac, levantándose, miró altivamente a su escolta.

—Concretamente, ¿sabe usted para qué le necesito?

—Mis obligaciones son puntualizadas detalladamente en el contrato que ha firmado. Por otra parte, no existen treinta y seis maneras, sino una sola, de proteger a alguien.

—Pero hay que saber hacerlo sin convertirse en una obsesión ambulante.

—Conozco mi profesión. Será usted protegido sin tener la impresión de ser espiado.

—¿Tiene con qué protegerme?

—Claro que sí —sonrió Sylvestre, apaciblemente.

Desabrochó su americana para mostrar el revólver enfundado contra su costado izquierdo.

—El programa es sencillo —expuso Baylac—. Mi actividad se reparte entre las oficinas de la inmobiliaria, una docena de parcelas y el recorrido de compra y venta, que requiere un vaivén constante por la región. Como es lógico, durante mis viajes no se separará de mí ni un segundo, salvo en ciertas breves etapas en lugar seguro.

—¿Qué clase de etapas?

—Es una pregunta que no tengo por qué contestar.

El aire del atardecer penetraba por la abierta ventana, quemante como el soplo de un horno. Baylac se inclinó sobre el anchuroso muelle de las Aduanas.

Sus empleados iban saliendo. El dueño de la inmobiliaria explicó, al volverse:

—Mis horas de permanencia en la inmobiliaria son las más peligrosas. Hay días en que soporto un desfile constante de reclamantes medio locos y quejicosos que las dos majaderas de la antesala no saben contener. Aquí, como en Mimizan, donde mi esposa recibe mucha gente, la parte más importante de su trabajo consistirá en filtrar los visitantes dudosos. Como es lógico, usted tiene autoridad sobre la servidumbre y los cuarenta gaudules que forman el personal de la empresa.

Fue a abrir la puertecilla al fondo y señaló la escalera:

—¡Le daré una llave. Le servirá para sus rondas de un piso a otro. En el primer piso, la puerta abre directamente sobre los vestuarios del personal. Vigile sobre todo este rincón... Ahí puede esconderse cualquier canalla...

La placidez de Sylvestre le desconcertaba un poco. Tendió su pitillera.

—Nunca fumo durante mis horas de servicio —dijo Sylvestre.

—Estamos solos.

El rostro sonrosado del escolta conservó su afable expresión.

—Precisamente por esto mismo, ahora podría desenfundar de pronto y vaciarle un cargador en las tripas.

Lívido, Baylac crispó las mandíbulas. Recriminó por fin:

—No me agradan esta clase de bromas. ¿Qué pretendió con su amenaza?

—Tiene usted miedo, pero todavía no el suficiente miedo para desconfiar de todo y todos. Ahora bien... Desde que firmó, me veo obligado a custodiar su piel como si fuera la mía, y su imprudencia es desastrosa.

Baylac, parapetándose tras su mesa, colocó la mano sobre el teléfono. Su entonación salió silbante:

—¡Lárguese de aquí ahora mismo!

Sin desconcertarse lo más mínimo, sonrió Sylvestre y dijo:

—Como quiera. Pero no cuente ya con la agencia para procurarle un buen perro guardián. Yo también daré mi informe. Y tendrá que buscar un

matón protector en otro sitio. Un individuo sin garantías aceptará quizá interponerse entre usted y su asesino en potencia.

—Un momento. Quédese. Ha habido un malentendido por mi parte. Explíqueme primero qué es lo que le preocupa.

—No me ha dicho lo más importante, lo principal.

—¿Qué quiere usted decir?

—Cuando uno tiene que cuidarse de defender a alguien, es necesario saber de dónde puede brotar el primer disparo... Esta es una cláusula de seguridad que no está inscrita en el contrato, pero, sin embargo, desde mi punto de vista personal, le obliga a usted a cierto deber moral.

—Mis asuntos privados, morales o no, son privadísimos y no le importan a nadie, y sobre todo, menos todavía, a la policía de esta ciudad provinciana.

—Entonces, asunto terminado. Adiós.

Sylvestre giró sobre sus tacones. Baylac ya había recuperado su control. Abrió de golpe un cajón de su mesa, y dijo irónicamente:

—El primer disparo va a salir de aquí.

Sylvestre se detuvo en seco, mirando por encima del hombro. El interior del cajón, revestido metálicamente, estaba repleto de casilleros con fajos de billetes.

Baylac cogió un fajo crujiente y nuevo, tirándolo con indolencia sobre la mesa. Fríamente, objetó Sylvestre:

—No basta. Voy a servirle de escudo durante dos o tres meses o quizá más...

Enarcando las cejas, Baylac echó otro fajo sobre la mesa.

—¿Y ahora, qué? ¿Sigue temiendo algo?

Recogiendo los dos fajos de prima, replicó Sylvestre:

—Yo, nada. Lo único que le hago saber es que no quiero que mi revólver sirva para arreglarle a usted sus asuntos particulares.

—No he pedido un matarife. Además, ya ha pasado tiempo, y nadie me amenaza abiertamente. Pero sería muy tonto si me dejase sorprender, y quiero tener a alguien permanentemente protegiéndome. Así, los imprudentes se lo pensarán antes de emprender ninguna tontería. Vámonos.

Descendieron la gran escalinata. Abajo, el conserje esperaba con inquietud el paso del tirano. En silencio, le entregó Baylac las llaves.

El nuevo chófer recogió su maleta y los dos salieron al brasero del muelle fluvial, hacia donde estaba aparcado el «D. S.» de la inmobiliaria.

—Usted coge ya el volante. De costumbre no empleo más de una hora entre la oficina y mi chalet. Salga por la calle Richelieu...

—Ya conozco el camino —aseguró Sylvestre.

Cerró la portezuela por el lado de Baylac, y contorneando el capó, echó una ojeada circular por el *parking*, que empezaba a vaciarse.

No percibió nada sospechoso.

Pero el peligro se agazapaba a menos de veinte metros, al otro lado de la calzada que descendía hacia el río Garona.

Michel Duclos esperaba hacía ya media hora, sentado a la sombra de la arboleda en la plaza contigua, entre otros paseantes.

Su vieja boina, formando visera, ocultaba sus ojos, cuando inclinó la cabeza. Vio alejarse el «D.S.» con sus dos ocupantes, anotó la hora, y lentamente se dirigió hacia su propio coche.

Una vieja furgoneta «Savane» que le servía para los transportes de la granja.

En la mente de Michel Duclos quedaba ya grabada la fisonomía del nuevo acompañante de Gaston Baylac.

Duclos se detuvo cinco minutos en la cantina a la salida de la carretera sur para telefonar.

Cada tarde, entre seis y siete, Damian esperaba su informe a sesenta kilómetros de distancia.

CAPÍTULO II

El chalet *Caprice* con sus pérgolas, piscina y terrazas floridas, orientadas hacia la bahía de Mimizan, era una mansión suntuosa.

El sol se hundía tras las dunas cuando el «D. S.» apareció a través de los pinos de la carretera particular y privada.

Regina Baylac regaba un parterre, vestida de *Short* y blusa, que realzaban su morena belleza.

Al divisar un rostro desconocido tras el parabrisas, pasó la manguera al viejo jardinero.

—Termine de regar, pero cuidado con mis gardenias.

Se dirigió ella hacia la terraza del garaje, y el desconocido, apeándose, se mantuvo apartado, mientras Baylac acudía al encuentro de su esposa.

Preguntó ella en voz baja:

—¿Quién es este individuo?

—Sylvestre, mi nuevo chófer. Le dirás a Suzon que le prepare una habitación sobre el garaje.

—¿No te basta con Jean?

—Desde principios de año tiene demasiado trabajo con los vendedores y los clientes de la inmobiliaria. Y yo necesito constantemente a alguien bajo mis órdenes. Además de chófer, Sylvestre es otra cosa. ¿Adivinas?

—Tiene aspecto de matón.

—Lo es, y prefiero que lo sepas. Así, si algún día escupe balazos, no te llevarás una sorpresa.

—No te creía tan asustadizo. Después de todo, hace ya tiempo que la mitad de los habitantes de Burdeos sueñan con poderte romper la cara, querido...

—A mí nada ni nadie me asusta. Al fin y al cabo solamente se muere una vez, y por lo general sin darse uno cuenta. Pero lamentaría dejarte viuda antes de tiempo con una huérfana de veintidós primaveras...

Sylvestre volvió al volante para dejar el «D. S.» en el garaje, enorme, que albergaba ya cuatro coches: el «2 CV», abollado y terroso del jardinero; un «Lancia» blanco, un «Mini-Morris» rojo y el largo «Comet» de Baylac.

No tardó en aparecer una mujerona, de severo uniforme azul.

—Soy Suzon Ferrier, el ama de llaves. Le enseñaré su cuarto.

La escalera al fondo daba a un corredor que dividía el piso de la

servidumbre.

En su cuarto, Sylvestre echó la maleta sobre la cama.

—Cenamos generalmente hacia las diez —dijo ella—, pero si prefiere comer por separado, le servirán cuando lo pida.

—Haré lo mismo que todos. ¿Es numerosa la servidumbre?

—Mi madre, que se ocupa de la cocina, dos criadas corsas, las hermanas Rossi, Tina y Pía, y por último el jardinero y su sobrino que sirve de chico para todo en la casa.

Echó Sylvestre su funda pistolera sobre la cama. El ama de llaves parpadeó. Ver el arma soltó en ella un súbito acceso de franqueza:

—¿Qué opina del patrón?

—No tiene aspecto de gozar de muchos amigos. Es probablemente por este motivo que he sido contratado. De todos modos, este trasto —y señaló la pistola— seguramente no la emplearé nunca, o si llega el caso, ya será demasiado tarde.

Riendo silenciosamente guardó la automática en la maleta.

Animada por la aparente cordialidad del escolta, comentó Suzon:

—Aquí, durante el día, es el paraíso. Pero apenas llega el señor, por más que nos esmeremos, cada cual recibe su ración de bronca.

—Lo cual no basta para que le deseen la muerte.

—¡Claro que no! Pero me imagino que fuera de aquí no encuentra siempre gente dócil. La noche en que regresó con un ojo a la funerala y un brazo en cabestrillo, todo el mundo se tronchó en la cocina.

—El señor Baylac es un hombre valiente, lo cual no es tan corriente hoy en día.

—Entonces, ¿qué hace usted aquí?

—Para un hombre decidido es casi una diversión afrontar la jauría de competidores, acreedores y proveedores. Pero es muy distinto tener rondando a un asesino desconocido.

—¡Bah! No hay ningún asesino en esta casa.

—¿Y fuera de ella?

—Todo el riesgo que corre el señor Baylac es que le pegue un tiro algún celoso. Le gustan demasiado las mujeres, solteras, viudas y casadas.

Se oyeron voces estridentes al fondo de la casa.

—Valdrá más que bajemos —dijo Suzon—. Cada noche nos interpreta un solo de tambor que dura unos diez minutos. Después, todo se calma. Ya no tiene sino arrebatos aislados cuando alguno de nosotros, por desgracia, se interpone en su camino.

Volvieron a pasar por el garaje.

—Aquí no tendrá mucho trabajo. Los cuatro coches son como nuevos. La señora saca solamente el «Lancia» para sus compras en la ciudad.

—¿De quién es el «Mini Morris»?

—De Mireya, la hija del patrón. Es muy rara ella. A veces su coche se queda aquí una quincena —y con el pulgar señaló ella la bahía tras el muro del fondo—: Mireya es una fanática del mar.

Fuera, Baylac gesticulaba furioso, imprecando a causa de un rastrillo perdido y de una tubería agujereada.

Cabizbajos, el viejo jardinero y su sobrino, un muchacho robusto, soportaban en silencio las recriminaciones. La llegada del nuevo chófer los liberó.

—¡Venga conmigo! —gritó Baylac, impaciente.

Se alejaron juntos por la pineda que circundaba los jardines.

—Me he gastado una fortuna en hacer tapiar las cuatro hectáreas de mi finca, pero todo el mundo entra aquí como si esto fuera el parque. Por el lado de la playa todavía es peor. Bañistas y enamorados pululan por esta arboleda desde el viernes noche al lunes por la mañana.

—Podría hacer algunas rondas a ratos perdidos —propuso Sylvestre—. Una buena paliza de vez en cuando serviría de aviso a los demás intrusos.

—¡Sí, hombre! —estalló Baylac exasperado— y mientras, un asesino vestido con sus ropas del domingo entrará por la puerta grande y me fusilará tranquilamente en mi mecedora.

Los chalets de la vecindad apenas se veían entre el verdor de la pineda. Por el lado del mar, frente a la bahía, las terrazas escalonadas terminaban en un muro de contención de unos tres metros de altura, que dominaba directamente la playa.

Los dos se detuvieron bajo la pérgola donde se iniciaba una pequeña escalera de ladrillos conduciendo a la playa. Abajo, el estrecho paso estaba cerrado por una puerta de hierro con cerradura. Dijo Baylac:

—Esta maldita puerta sirve de pancarta de correspondencia para mis enemigos. Desde el principio del mes, el jardinero ya le ha aplicado capas de pintura unas veinte veces... Venga y lo verá.

Bajaron los peldaños. Baylac hizo girar la llave y abrió. Señalando el batiente, comentó:

—Ahí tiene el mensaje del día.

Trazado toscamente con brea sobre la pintura aún fresca, aparecía un ataúd y encima una calavera con dos tibias entrecruzadas. A un lado y para ilustrar a los mirones, la mano anónima había añadido un letrero:

«AVISO DEFINITIVO AL GRAN CANALLA».

Debajo del rótulo los números del uno al diez estaban inscritos en columna por orden decreciente. Un pincelazo en diagonal borraba los seis primeros.

—Mi cuenta, a la inversa —explicó Baylac con rictus burlón—. Si hago caso del rotulista, el sábado por la mañana estaré en el otro mundo.

—A mi entender, esto es infantil —aseguró Sylvestre—, y por lo general el perro que ladra...

—A usted le toca evitar que este perro me muerda. Vaya familiarizándose con los contornos.

A las diez de la noche, una discreta llamada de *gong* hizo acudir a Sylvestre a la gran cocina. Los seis componentes de la servidumbre le esperaban en pie en torno a la mesa.

—Bienvenido el respetable pistolero Sylvestre Kid —dijo el viejo jardinero con mueca socarrona.

Los demás rieron con buen humor. La vieja Ferrier, rechoncha y colorada, prodigó sus amabilidades al nuevo chófer y escolta especial. Su hija Suzon contemplaba con interés aquel extraño individuo impasible.

Las hermanas Rossi, morenas y rústicamente atractivas, lanzaban ojeadas insinuantes que empezaron a ejercer influencia en Sylvestre. El robusto Joel, sobrino del jardinero, servía la mesa con rapidez.

Cenaron primero en silencio, hasta que las primeras rondas del vino rosado soltaron las lenguas.

—Vamos a esperar durante años su primer pistoletazo —opinó el jardinero—, ya que es aquí donde el patrón corre menos riesgos.

—No estoy tan seguro —rebatía Sylvestre—. Desconfío siempre de los lugares demasiado tranquilos.

Permaneció Sylvestre con el tenedor parado a medio camino de su boca, fijos los ojos entre Tina y Pía Rossi frente a él.

La puerta de la cocina estaba abierta dando al rincón más espeso de vegetación del parque. Una silueta juvenil acababa de aparecer sigilosamente en el umbral recortándose inmóvil contra el terciopelo de la noche.

Mireya Baylac vestía un tejano descolorido y un amplio jersey rojo de mangas enrolladas. Sus ojos muy claros destellaban en el risueño semblante bronceado bajo los cortos mechones rubios.

—¿De dónde sales? —exclamó la vieja Perrier, disponiéndose a levantarse—. Tus padres están furiosos...

Mireya colocó el índice sobre sus labios y con la otra mano indicó que todos siguieran sentados.

—Me dejé sorprender por un viento sur y mi lancha se quedó como un pato en el barro. Por suerte, Luc había anclado su chalana en medio del canal y me sacó a flote.

«Pese a su descuido en el vestir es muy bonita», meditó Sylvestre.

—Tu cubierto te espera en el comedor —dijo Suzon—. Entra sin hacer ruido y voy a servirte. Tus padres no se enterarán.

—¿Dónde están?

—Tomando el fresco en la terraza del fondo.

—Que sigan disfrutándolo —y avanzando hacia la mesa, añadió Mireya —: Basta con que pongas dos platos más. Cenaremos todos juntos.

Se volvió hacia la puerta, y silbó suavemente entre dientes. Otra silueta apareció en el umbral.

—¡Salud a todos! —saludó Luc Damian jovialmente.

Le acogieron con grandes muestras de simpatía.

Luc Damian vestía simplemente un viejo mono caqui cuyos tirantes se cruzaban sobre su torso desnudo y moreno. Una gorra marinera echada hacia atrás descubría sus crespos cabellos.

«Parece un pirata este mozo», calibró Sylvestre.

Damian, de nariz aguileña, corta y ojos pardos, curiosos, escrutó al fornido rubio. También había visto Mireya al desconocido y frunció las cejas.

Presentó Suzon:

—El señor Sylvestre, el nuevo chófer. Tu padre acaba de contratarlo.

Mireya inclinó levemente la cabeza y fue a sentarse al extremo de la mesa. Luc Damian fue dando la vuelta estrechando todas las manos, incluida la de Sylvestre, y se detuvo tras Mireya.

En voz baja, el jardinero le susurró a Sylvestre:

—Luc Damian es un pescador solitario que tiene su cabaña por la Isla de los Pájaros, casi en frente de esta finca. Nos suministra durante todo el año las ostras y el pescado.

Luc Damian protestaba:

—No, no puedo demorarme más. Tengo que rellenar dos cestas de ostras antes de las seis de la mañana... Bueno, comeré un bocado de cualquier cosa y me largo.

—Siéntate —ordenó Mireya, mostrándole la silla a su lado.

—¿Y si tu padre nos cae encima de pronto?

—Bastará con que te deslices bajo la mesa.

Damian sentóse y empezó a devorar el contenido del plato que acababa de colocarlo Joel delante.

Al cabo de unos instantes, Joel le tocó en el codo y murmuró:

—El rubio aquel tiene en su maleta una pistola ametralladora.

—¡Sopla! —exclamó Luc Damian, llena la boca, con expresión de ingenuidad y asombro—. ¿Y qué piensa cazar? ¿Gaviotas?

Siguió devorando en silencio. Era indudable que nada podría ya impedir la inminente ejecución de Gaston Baylac.

Sobre todo ahora que estaba a punto de llegar Bruno Castel.

CAPÍTULO III

Bruno Castel llegó a la tarde siguiente a Burdeos, procedente de París. Tal como habían convenido por teléfono, Michel Duclos le esperaba fuera de la estación, bastante lejos de la salida, con su vieja boina casi echada sobre las cejas.

La masa de viajeros fue desfilando por grupos, seguidos de los retardados por equipaje y criaturas.

Por último una silueta solitaria franqueó la salida y paseó lentamente sin salir del trecho de sombra de la acera.

Bruno Castel vestía aún el traje barato de tergal que había comprado dos semanas antes en unos grandes almacenes del Berlín Oeste.

El largo exilio convirtió en fibrosa su larga anatomía. Su rostro enjuto y pálido había perdido su sonrosada redondez. Sus cabellos castaños muy cortos, peinados a la navaja, acentuaban la dureza de sus facciones.

Michel Duclos sentíase paralizado por la emoción. Los dos no se habían vuelto a ver desde hacía doce años, pero reconoció de inmediato a su compañero en aquel viajero que miraba en tomo con aire receloso.

Por fin, Castel avistó la furgoneta amarilla aparcada en un rincón del estacionamiento. Se dirigió hacia ella lentamente, y por fin se hallaron uno frente al otro.

Muy pálido, masculló Duclos roncamente:

—Córcholis... Me parece todavía mentira que seas tú mismo.

Se abrazaron torpemente, emocionados. Dijo Castel:

—Tu vieja boina la habría localizado a dos kilómetros. Bien, es como si nada hubiese cambiado...

—Nada, pero tu voz es distinta. Anteayer, al oírte por teléfono, casi creí que me habían tendido una trampa. Sonabas muy gutural.

—De tanto hablar polaco durante doce años, mi gaznate se ha endurecido. La semana pasada, ante los aduaneros, casi no lograba formar una sola palabra de francés...

Abriendo la portezuela, apremió Duclos:

—Instálate. No debemos seguir más tiempo aquí. Nuestro compadre Baylac se ha hecho más desconfiado que un gato viejo.

La «Savane» abandonó el estacionamiento para penetrar por los muelles ribereños. Preguntó Castel:

—¿Crees que sospecha?

—Seguro. Toda esta propaganda sobre los repatriados ha sido una lástima. Si no hubiesen formado tanto alboroto, habríamos podido sorprender a Baylac y pasarle tranquilamente la cuerda al cuello. Ahora será preciso ir con cuidado.

—No necesito a nadie. Ya me las apañaré yo solo.

—Ni Damian ni yo arriesgamos gran cosa. Nunca fuimos nombrados a propósito de la matanza, y los *maquis* del sur de Dordoña no dejaron archivos. Pero en tu caso es distinto.

—Y tanto...

—Tú estabas en el grupo que las SS fusilaron en la Vergne. Por añadidura, Baylac te había ya tratado varias veces. Es probable que este cerdo se acuerde muy bien de los doce nombres grabados sobre una puerta de establo, en el patio posterior del castillo. Tu nombre figura el último. Baylac tuvo tiempo de aprenderse toda la lista de memoria antes de cambiar de aires.

—La gente de la comarca no debió nunca dejarle escapar con vida.

—Colócate en el lugar de todos ellos. Aterrorizaba a todo el mundo y todavía sigue siendo muy listo, malintencionado y fuerte. Tú, vivo, representas con tu testimonio un golpe mortal para un hombre de su posición. Si por casualidad olfatea una presencia peligrosa rondándole, sea donde sea, Baylac disparará el primero. Te lo advierto.

Encogió Castel los hombros:

—No le daré tiempo a que me reconozca.

—Sería una pena dedicarle una muerte demasiado rápida.

Guardaron silencio. Castel veía ahora abrirse ante él como un decorado aquella ribera del Garona que recorrió tantas veces, hambriento, tensos los nervios.

Todo aquello quedaba lejos. El último tren de prisioneros deportados, el campamento con dos mil individuos casi desnudos, sin etiqueta de identificación, la liberación irrisoria que duró apenas diez minutos, justo el tiempo necesario para que subieran otros centinelas en las torres del campamento.

La indiferencia de los rusos que cargaron en los mismos vagones a verdugos y víctimas para enviarlos a las minas polacas de Bielgorav con sus horribles dormitorios subterráneos.

Doce años de trabajos forzados, hasta el día en que el corazón de Bruno Castel tuvo un paro providencial en una cantera. Cayó sin sentido en la cadena rodante transportando mineral hacia el martillo-pilón.

Poco antes de llegar a la plataforma que retumbaba, su cuerpo resbaló por el impulso de la misma cadena rodante. Durante dos meses fue atendido, retratado y constantemente interrogado, para al final oír la extrañada pregunta:

—¿Y qué diablos hace usted aquí?

Lo habían remitido como un paquete con destino a su país natal.

Duclos adivinó el curso de sus pensamientos.

—Las has pasado canutas, córcholis...

—Estoy vivo y ya nada puedo perder. Lo único que no puedo olvidar es el recuerdo de aquel paraíso polaco. Y todo porque una hermosa tarde de mayo, un tipo abrió la puerta de un establo donde se escondían doce muchachos desarmados y entumecidos de miedo y dijo: «Aquí están».

En el umbral del establo los uniformes SS y los fogonazos de sus armas acribillando el grupo.

Castel, ciegamente, había embestido hacia la figura del delator muy elegante con sus calzones de montar y sus botas de caza.

Un SS hizo caer al superviviente, aplicándole una zancadilla y afirmó:

—Guardaremos a éste para interrogarle. Nos venderá todo su *maquis*, y después irá a reunirse con esos de ahí dentro.

Baylac reía, con la fusta bajo el sobaco.

Al día siguiente un habitante de la Vergne aseguró haber reconocido al muchacho Castel en una carretada de cadáveres que los SS abandonaron al retirarse.

Y el nombre de Bruno Castel fue añadido a la lista grabada en la puerta del establo.

—Cuando todo quede solucionado —dijo Duclos— podrás permitirte el lujo de ver tu propia tumba. «Bruno Castel, 17 años, muerto heroicamente». Eras el más joven del grupo. Los otros fueron enterrados casi donde cayeron, al fondo de la gran alameda conduciendo al castillo, es decir, en la propiedad de Baylac, que poco después la vendió.

—Lo que no logro comprender es cómo pudo salir tan fácilmente de la depuración.

—Baylac pertenece a esta raza de canallas que sobreviven a todo. Yo mismo me extraño de que nadie nos haya precedido en nuestro propósito de liquidarle. Nada más que en esta región conozco cerca de cien personas a quienes les encantaría triturarle apenas se les presentase una ocasión.

Maniobró para estacionar la furgoneta al fondo del *parking*. El «D. S.» azul de la inmobiliaria estaba allí, en su lugar acostumbrado. El reloj de la Bolsa señalaba las seis menos diez de la tarde.

—Estamos algo adelantados sobre el horario —dijo Duclos, abriendo la portezuela—. Pero así podrás respirar un poco el aire de la ciudad.

—¿Dónde vamos?

—A dos pasos de aquí, aquella plaza. Quítate la corbata y deja tu americana en el coche. Así parecerás menos un ostromo.

Al enrollarse las mangas de su camisa, quedaron visibles en los antebrazos de Castel varias cicatrices.

—Accidentes de trabajo —dijo con indiferencia—. Culpa mía por novato y no retirar a tiempo los brazos del plato molinero de piedra.

Fueron a sentarse en un banco de la tranquila plazoleta.

Al encender ambos un cigarrillo, comentó Duclos:

—Quería reservarte la sorpresa, pero supongo que ya la has adivinado. Dentro de un momento vas a ver a Baylac. No ha envejecido y le reconocerás. Todavía se cree un hombre libre. Pronto caerá. En realidad desde hace quince días es como un sentenciado que se pasea cercado por una ronda de verdugos.

No tardaron en salir grupos de empleados por las calles colindantes. Poco después vieron a Baylac con su guardaespaldas aparecer por una esquina.

Castel reconoció inmediatamente al ex dueño del castillo de la Vergne. Permaneció impávido, fija la mirada. Únicamente sus puños se crisparon.

—Está en buena forma física... ¿Quién es el otro?

—Un dogo que vino desde París contratado.

—Entonces, ¿cambia esto la situación?

—En nada. Al contrario... Damian ya te lo explicará. El terreno de operaciones es de su incumbencia.

—Veo que los dos parecéis muy decididos.

—Ha sido tu regreso el que nos ha estimulado. Doce años acaban por adormecer el rencor más tenaz y te confieso que nos habíamos entumecido. Me refiero a los de mi grupo que vigilaban la carretera de Coutras, detrás del tuyo. Aquella noche, si hubieses hablado, nos habrían liquidado a los quince.

Baylac y su chófer se alejaban ya en el «D. S.» Dijo Duclos:

—Fíjate bien en ese bandido. ¿Sabes lo que se rumorea? Parece ser que llegó a Burdeos después de la Liberación, vestido con andrajos y empujando una carretilla con un saco muy pesado. Hoy todo el mundo sabe que Baylac participó en el ataque al tren de Nuvic que transportaba los fondos de la tesorería de Agen. En aquella operación del *maquis* no participaban solamente patriotas. Y si el rumor es cierto, lo que llevaba en su carretilla aquel día era *La Inmobiliaria Paradis* y su *Caprice*.

—¿*Caprice*?

—Una preciosa finca que adquirió para pasar sus veraneos.

—Su fortuna me tiene sin cuidado —afirmó Castel con desdén.

—A nosotros también. Sólo queremos su pellejo.

En la furgoneta ya en marcha añadió Duclos:

—Nos las hemos arreglado para que nadie corra riesgos. Dos horas después de ajusticiar a Baylac, tú regresarás en tren a París, yo habré vuelto a mi granja y Damian a su isla.

Pronto internó Duclos la furgoneta por una carretera forestal que

serpenteaba hasta empalmar con la del litoral. Poco después, Castel vio destellar la extensión azul de la bahía hasta el horizonte.

La «Savane» abandonó la carretera y traqueteando penetró por un espeso bosque de encinas. Más allá se veía la fina arena de la playa.

Parando el motor, abrió Duclos la portezuela y apeándose dijo:

—Puedes bajar. Hemos llegado.

Contornearon el coche y al salir de la espesura tras su guía, Castel avistó la serrería y el embarcadero. Todo tenía un aspecto de completo abandono, al igual que los dos *bungalows* de troncos que se hallaban en el centro del patio bajo un grupo de pinos.

—Es propiedad de Baylac —aclaró Duclos—. Lo compró el año pasado a muy bajo precio. El lugar se llama Morcens.

El portalón dando al embarcadero estaba entreabierto. En el umbral, alzada una mano en señal de bienvenida, esperaba Luc Damian.

Su rostro curtido sonreía, pero cuando Castel distaba solamente dos pasos, las facciones del pescador se crisparon y gruesos lagrimes rodaron por sus mejillas.

—Soy idiota —dijo con voz entrecortada—, pero verte de nuevo me ha revuelto el alma. Tal vez no lo sepas, pero Duclos me designó a mí para conducir hasta la Vergne en un carretón, un féretro que llevaba tu nombre y edad escrito con lápiz azul.

Los tres se miraban emocionados. Su amistad de antaño no había durado más que unos seis meses, pero se forjó en una época peligrosa, cuando a diario se jugaban la vida, no cumplidos aún los dieciocho años.

Les dejó una marca profunda que se renovaba ahora en aquel encuentro clandestino. Truncó el silencio Damian afirmando:

—No me considero un mal hombre. Sé muy bien que vamos a cometer un asesinato. Y sin embargo, mi conciencia no me reprocha nada.

Intervino Duclos:

—Hace doce años si hubiésemos sabido el papel canallesco que desempeñaba Baylac, lo habríamos matado impunemente contando con la aprobación de toda la comarca. Hoy seguimos teniendo el derecho de ejecutar nuestra propia justicia. No hay prescripción para criminales de esta calaña.

Fríamente aprobó Castel en lenta cabezada, pero dijo:

—Todavía no se ha hecho nada. Discutiremos sobre nuestro derecho cuando Baylac esté muerto y enterrado.

Volviéndose hacia la bahía invitó Damian:

—Venid, que aquí estamos demasiado visibles.

Precedió a sus amigos hacia una barraca de fibro-cemento que flanqueaba el hangar de las sierras, a lo largo del sendero forestal.

—Esta es la casa del guarda. Un viejo que al recibir la primera bronca

de Baylac se fue y no ha vuelto más. Nadie ha querido remplazarlo.

La barraca se componía de una sola pieza blanqueada con cal, amueblada con un camastro, una mesa, una silla y un cofre.

Damian extrajo de un cubo con agua un frasco que descorchó, explicando:

—Es un blanquillo con más de diez años. Lo guardaba para una gran ocasión.

Llenó tres vasos. Tenían sed. Pronto dieron fin al frasco. Damian fue a sentarse en el camastro y tomó la palabra:

—Cuando nos anunciaron tu regreso, buscamos el sitio más propicio para ejecutar a Baylac sin complicaciones. Y decidimos que esta serrería era el sitio más adecuado. ¿Sabes por qué la compró? El Baylac que conociste en la Vergne ya tenía fama de muy faldero. Con los años su afición ha aumentado.

Duclos señaló a través de la puerta abierta los dos *bungalows*.

—Uno está todavía amueblado y le sirve para sus entrevistas galantes. Cambia mucho de mujeres y sería imposible hacer una lista. Pero lo que nunca cambia es el ceremonial y el intervalo de sus citas. A una hora fija llegan los dos en coche separadamente y se van del mismo modo con diez o doce minutos de intervalo. La favorita del día se va siempre la primera, y por consiguiente Baylac se queda a solas a partir de entonces.

Castel se pasó la mano por la nuca, pensativo.

—Aún así es preciso determinar de un modo seguro que estará aquí tal o cual día. ¿Cómo lo sabréis?

—Muy sencillo —sonrió Duclos—, porque el compadre acude a estas citas de un modo cronométrico, solamente cada dos días, es decir, lunes, miércoles y viernes. Cualquiera de estos tres días, entre seis y ocho de la tarde, aquí está.

—Y lo sabemos desde la misma mañana —expuso Damian—, porque el tipo abandona su finca con su «Comet», seguido por su chófer al volante del «D. S.» Desde mi vivero de ostras los veo marcharse a las siete en punto hacia Burdeos y no falla. Por la tarde llega aquí con su «Comet» para entrevistarse con la rubia, la morena o la pelirroja de turno.

Duclos miró sonriente a Castel:

—Seguramente te preguntas cómo va a actuar el verdugo... Un disparo se oiría a lo lejos y podría atraer curiosos. Primero, Damian y yo pensamos en el arma blanca. Un buen cuchillo.

—Se puede uno ensuciar la camisa —refutó Castel fríamente—. Preferiría estrangularle lentamente.

—La sogá —silabeó Duclos.

—Es la muerte más conveniente para él —admitió Castel—. Es lo que se merece. Patalear en el aire un buen rato. Pero no será fácil pasarle el

nudo corredizo al cuello.

—Damian lo ha previsto todo. Nos lo va a demostrar.

Salieron los tres de la barraca.

Mientras caminaban explicó Damian:

—Baylac es prudente y toma sus precauciones. Como este patio es visible desde la carretera, cualquiera podría ver su coche o el de su amada del momento. Por esta razón apenas llega hace entrar su «Comet» en marcha atrás dentro del taller de la izquierda que es el más amplio. Veréis.

El hangar albergaba dos bancos de rodamiento altos de un metro y provistos de rebordes de acero. Al final de aquel túnel, las sierras de cinta y las circulares, agrupadas de a ocho, relucían bajo una capa de grasa.

—Es en este taller donde se elaboraban las tablas —explicó Duclos—. Al principio hasta pensamos en atar a Baylac como un salchichón y cortarlo en rodajas de pulgada y media. Por desgracia, la corriente de fuerza industrial está cortada hace ya tiempo.

Las dos plataformas estaban separadas por un pasillo, al fondo del cual había un montacargas.

Por la parte delantera dando al patio quedaba espacio suficiente para estacionar dos coches.

Damian retuvo a Castel por el brazo y le mostró en el suelo un lugar manchado de grasa.

—Baylac para su «Comet» en este mismo sitio, siempre. Ahora, imagínate que eres Baylac. Colócate aquí, un poco más allá de la mancha de aceite, y haz el gesto de abrir una portezuela.

Castel obedeció sin desconfianza.

Oyó entonces un crujido y el suelo cedió bajo sus pies.

Al mismo tiempo una cuerda cayendo de lo alto zumbó cerca de sus orejas.

Bruno Castel se agarró desesperadamente al borde del hueco, pero Michel Duclos le pasaba ya el nudo corredizo en torno al cuello.

CAPÍTULO IV

La cuerda se tensó muy lentamente, sin brusquedad ni tirones, hasta el límite inicial de estrangulamiento.

Damian y Duclos no llevaron más lejos su demostración y sacaron a Castel aupándolo por los sobacos, y quitándole el nudo corredizo del cuello.

—Me asustasteis —confesó Castel, recobrado ya su normal aliento—. Sobre todo porque antes parecíais tan civilizados y simpáticos mientras bebíamos...

—Lo somos, lo somos —replicó Duclos, riendo—. Pero no olvides aquella puerta de establo que viste abrirse una tarde ante tus narices... Muchos han vuelto de la deportación jurando que les comerían las tripas a los canallas que les habían traicionado, delatado o vendido. Y casi todos no hicieron nada. El tiempo transcurrido los había ablandado. Nosotros dos, Damian y yo, estamos aquí para devolverte el rencor y el salvajismo necesarios.

Castel alzó la cabeza. Las vigas metálicas de la bóveda del hangar sostenían dos puentes rodantes paralelos a los bancos de sierra. De los puentes colgaban haces de cadenas rematadas por estribos o garfios de madera.

Damian escaló la plataforma izquierda para izar su cuerda cuyo nudo corredizo se perdió en las sombras de la bóveda. Dijo:

—Cuelga desde hace quince días encima del cráneo de Baylac. Con lo listo que se cree, no la ha visto ni verá.

—¿Y esta compuerta? —preguntó Castel.

—Oculta una pequeña escalera de seis peldaños que conduce al sótano. Los motores están abajo con todas las transmisiones y correas. La compuerta se abre al empujar esta palanca que sobresale apenas de la plataforma.

Damian tiró de la palanca y la compuerta se deslizó enmascarando la abertura. Regresaron a la abertura del hangar ante el patio.

—¿Cómo se ejecutará la maniobra? —indagó Castel.

—No es complicado —afirmó Duclos—. Damian estará escondido al fondo de la plataforma y se ocupará de la cuerda. Tiene pupila y pulso. Con él estoy seguro de que el nudo corredizo caerá donde es debido y en el preciso momento. Yo esperaré tras el «Comet» para acabar de ceñirle la

corbata a Baylac.

—¿Y yo?

—Estarás en el sótano. De este modo, si por casualidad Baylac tuviera el talento de dejarse caer para tocar suelo, encontraría dos buenos brazos, los tuyos, para hacerle remontar medio metro. Tendrás tiempo sobrado de decirle adiós para la eternidad de parte de los fusilados de la Vergne. Después, Damian izará el paquete entre las dos plataformas, casi al mismo nivel. Y al día siguiente o al otro, si su mujer o su servidumbre hallan algún motivo que justifique desesperación, la policía dictaminará suicidio. ¿Te parece bien?

Castel asintió, limitándose a preguntar:

—¿Cuándo?

—Bien... Hoy es jueves y por lo tanto, Baylac descansa. Pero mañana al atardecer acudirá al encuentro de su morena.

—Que por cierto es muy recatada —intervino Damian riendo—, porque conduce un «Florida» blanco, pero se envuelve el rostro en un velo negro colgando de un turbante. Es natural que quiera conservar el incógnito, si tiene padre severo, hermano brutal o novio celoso.

—En la espera, ¿dónde me alojo? —quiso saber Castel.

—Ya quisiéramos tenerte en casa, con uno de nosotros dos. Pero no sería prudente. Vale más que te quedes aquí, evitando ser visto por si alguien pasase. Podrás dormir tranquilo en la cabaña del guarda.

—Te he dejado comida y bebida en el cofre —dijo Damian—. Hasta tienes un termo con café caliente.

—¿Cuándo volveréis?

—Hacia las seis y media mañana por la tarde. Baylac llegará probablemente hacia las seis, y la misteriosa morena unos diez minutos después. Apenas estén en el *bungalow*, nosotros entraremos por el portalón del embarcadero. Damian te llevará al sótano y prepararemos la compuerta para la zambullida final. Bastará esperar a que se vaya la morena. Una hora aproximadamente.

Se contemplaron en silencio como conspiradores faltos de entrenamiento. Por fin dijo Duclos:

—Cuando todo haya acabado, te llevaré en mi furgoneta y llegarás a Burdeos para coger el tren de las diez. Damian se cuidará de borrar todos nuestros rastros, cerrará el portalón y volverá a Andemos a través del bosque. Cada noche, su chalana está amarrada allá hasta las diez y a nadie le extrañará.

—Todo parece perfecto —dijo Castel—, pero olvidáis algo importante. El chófer con cara de dogo que le seguía antes como su sombra.

—Hemos comprobado el lunes y el miércoles la táctica de Baylac. Se libra de su pistolero enviándole a llevar papeles a sesenta kilómetros al sur

de Burdeos, a una de sus obras de construcción. Esto representa un paseo de ciento ochenta kilómetros hasta aquí, y no hay riesgo de que su guardaespaldas nos moleste.

Las sombras habían invadido por completo la serrería. Un profundo silencio poblaba el bosque circundante.

Los tres fueron bajando sin hablar hacia el portalón entreabierto.

A modo de despedida, dijo Dados:

—No te preocupes. Ya nos veremos con más calma dentro de un par de meses. La vida será entonces más bonita para todos, sobre todo para ti.

Intercambiaron apretones de mano. Las dos siluetas se esfumaron a través de la maleza, y Castel se dirigió lentamente hacia la cabaña.

La brisa del océano había cesado acallando el susurro de los pinos. Un calor de horno entraba por la puerta de la cabaña y Castel se quitó la camisa empapada de sudor.

Permaneció en el umbral, desnudo el torso. En la tórrida atmósfera gruñía a lo lejos el retumbar de la tormenta sobre los campos.

Castel abandonó la barraca sin hacer el menor ruido. Había aprendido a caminar de noche sofocando el rumor de sus pasos. Era ya algo maquinal.

Siempre había vivido perseguido, espiado, amenazado por guardianes sin rostro que se traicionaban por el lustre delator de sus armas. Se detuvo unos segundos, girando lentamente la cabeza.

Por el lado de la bahía el horizonte quedaba enteramente despejado por encima de la ondulación de las dunas arenosas.

En aquel fondo lechoso moteado de miles de luces parpadeantes, se recortaba una silueta inmóvil.

Cerró Castel unos instantes los ojos, abriéndolos poco a poco.

La silueta que primero le pareció lejana se destacó a menos de veinte metros.

En voz baja indagó:

—¿Eres tú, Damian?

La silueta dio un brusco salto y desapareció por el lado donde se hacinaban los maderos.

Castel se lanzó a la carrera tras la forma fugitiva.

Su imprudencia al citar el nombre de su amigo acababa de penetrar en su percepción y sentía un repentino furor agresivo.

El merodeador atravesó velozmente el claro, entre los dos *bungalows*, y desapareció por el dédalo maderero. Las tablas y vigas se elevaban en pilas regulares, altas de tres metros, separadas por estrechos corredores que se cortaban en ángulos rectos.

En aquellos pasadizos la oscuridad era absoluta y el rumor de los pasos del fugitivo quedó prontamente ahogado.

Castel recogió del suelo una estaca y embistió tras la silueta que

alcanzaba ya la abertura del primer pasadizo.

Se abalanzó a la izquierda con la esperanza de atajarle la retirada, pero el otro debió adivinar su maniobra.

Al desembocar en tromba por el lado de la empalizada no vio a nadie. La tormenta se aproximaba y el redoble del trueno se oía con mayor claridad.

Castel corrió de pronto por el segundo pasadizo confiando que su carrera desencadenaría un movimiento de pánico.

Todo siguió quieto. Desierto el patio. El crepitar lejano de los relámpagos llenaba a instantes el patio de una difusa claridad.

Castel fue contorneando sigilosamente las pilas de madera, escrutando al paso aquellos oscuros corredores que exhalaban un fuerte olor de resina.

Se adhirió a la última pila angular, sin moverse ya, vigilando a la vez el portalón de la pineda y el que daba al embarcadero.

Y aquel siniestro juego de escondite quedó suspendido por una y otra parte durante cinco o seis minutos.

Los estruendos de la tormenta se sucedían ahora casi sin interrupción y cada relámpago iluminaba violentamente el espacio.

El impacto de un trozo de madera proyectado con fuerza resonó súbitamente tras Castel, en la más cercana de las alamedas transversales.

Comprendió la artimaña y no se movió, a la vez que tensaba sus músculos, disponiéndose a abalanzarse. Aguardó crispada la diestra en torno a la estaca que medía aproximadamente un metro,

Al cabo de unos segundos, un deslizarse furtivo, entrecortado de paradas repentinas, se dejó oír al centro del pasadizo, como si alguien se alejase a brincos sucesivos hacia el fondo.

Castel contorneó la pila sobre la punta de los pies, y embistió en la oscuridad. Su ciega precipitación le salvó.

Llegaba al final del hacinamiento cuando una pesada viga se desprendió desde lo alto, golpeándole brutalmente en la espalda y rebotando con estrépito en el suelo.

Castel cayó de bruces emitiendo un sordo gruñido y ya no se movió, esperando.

El otro estaba encaramado a tres metros de altura sobre la última plataforma. Inclinandose contempló un instante el cuerpo tendido, y se alejó por el camino del aire, saltando de pila en pila.

Castel ya se había levantado y atravesaba sin ruido el depósito maderero a lo ancho, siguiendo el mismo pasillo.

El merodeador se dejó resbalar de la plataforma de maderos agarrándose con las dos manos, y soltándose rebotó ágilmente en el suelo.

Un relámpago deslumbrante descubrió a Castel que surgía en aquel instante de su escondite.

Los dos se lanzaron en carrera zigzagueante a través del patio iluminado a intermitencias por el flogonazo de los rayos.

Castel, progresivamente furioso, azotaba el aire con la estaca fallando todos los golpes.

El visitante de la serrería poseía una asombrosa agilidad. Como los dos portalones estaban demasiado alejados, maniobró para volverse a aproximar al depósito maderero que le había sido tan propicio.

Un rápido viraje le acercó a la entrada del primer pasillo.

Castel se zambulló horizontalmente, tendidos los brazos, como un jugador de rugby y logró «placar» por la cintura al acrobático fugitivo.

Los dos cuerpos se abatieron, quedando encima Castel.

Al caer de bruces al suelo, el fugitivo se había golpeado la cabeza contra un madero que sobresalía de la pila.

Castel permaneció un largo momento inmóvil, paralizado por la sorpresa.

No había aflojado su abrazo.

El talle que seguía manteniendo prisionero, era muy esbelto.

Su mano, al ascender, acarició un busto redondo y firme, libre bajo el delgado jersey de la intrusa.

CAPÍTULO V

Hizo girar el cuerpo que hasta entonces yacía boca abajo.

Un semblante muy joven, medio velado por mechones rubios en desorden, se cinceló bajo la luz violeta del relámpago.

Al caer, la muchacha se había herido en la cabeza. Un hilillo de sangre manaba a lo largo de su sien derecha.

Vestía bastante pobremente. Un tenue jersey de algodón rojo, un tejano lleno de remiendos y unas alpargatas negras cuyo cáñamo empezaba a desflecarse.

Castel se incorporó, intrigado. ¿De dónde venía aquella entrometida? ¿De algún *camping* cercano? Pero de ser así, Damian que conocía bien el terreno, ya le habría puesto en guardia contra una posible incursión de acampadores.

—¡Eh! —gritó—. ¡Despierta ya, que no es para tanto! Ella no se movió. La lluvia caía cálida y copiosa. Castel levantó el cuerpo inerte llevándolo hacia la barraca del guarda.

Volviendo en sí, ella se debatió entre sus brazos. Se libró de ella como de un fardo peligroso tirándola sobre el camastro, y volviéndose de inmediato para buscar la lámpara.

La pequeña llamita roja colocada sobre el cofre se dilató, y regulando la mecha, Castel miró por encima del hombro.

La muchacha había abierto los ojos y lo acechaba con aspecto de aturdimiento. Intentó ella levantarse sobre un codo, pero el dolor le hizo gemir y cayó de nuevo sobre el camastro.

Castel se inclinó sobre ella, crispando las mandíbulas. Todo el plan del día siguiente quedaba ahora comprometido por culpa de aquella tonta entrometida.

Mirándola detenidamente pensó que era bonita, que era una mujer... Y doce años de terrible tormento soñando constantemente en mujeres... para de pronto hallarse ante un cuerpo femenino, firme, pleno de seducción...

Atrajo una silla sentándose en la cabecera.

No tenía más que un pequeño corte en el cuero cabelludo. Castel lavó cuidadosamente la herida, soltando los rubios cabellos viscosos por la sangre. Tiró el trapo húmedo.

Al cabo de unos instantes ella abrió un ojo y suspiró.

Castel dijo secamente:

—No hagas tanta comedia. No tienes más que un pequeño chichón. Yo corrí mucho más peligro. Estuviste a punto de matarme con aquella vigueta que me tiraste. Si me atina en la cabeza, me deja seco.

Su piel rubia, con la pátina del mar y el sol, era dulce y tibia como una seda viva. Apartó ella la mano que Castel apoyaba en su cuello, y sentándose en el camastro, preguntó:

—¿Quién es usted?

—El guarda de la serrería. Pero soy yo el que pregunta. ¿Qué hacías tú aquí? —y empujando la silla se levantó Castel.

Entornados los párpados, ella parecía meditar la respuesta, posiblemente una mentira razonable, pensó Castel.

La respuesta le cogió de sorpresa:

—No sabía yo que mi padre hubiese contratado a un nuevo guarda. Me llamo Mireya Baylac y aquí estoy en mi propiedad.

Forzó ella una sonrisa, pero un miedo intenso dilataba sus claros ojos contemplando al bruto de torso desnudo.

Castel replicó sin desconcertarse:

—No creo que Baylac aceptase con agrado esta incursión en este coto privado.

Mireyaladeó las piernas, sentándose al borde del camastro.

Castel no se había movido y la examinaba desde toda su altura con extraña expresión ausente y a la vez con deseo muy visible.

Mireya veía el torso atlético, los brazos musculosos, las estrechas caderas. Una acerada anatomía delgada, fibrosa.

Y alarmada por aquella inmovilidad en su mente alentaba una sola pregunta: «¿Cómo voy a poder escapar?»

Vislumbró una posible escapatoria fingiendo tomarse aquella aventura a la ligera, sin por ello perder cierta arrogancia, justificada por su condición de hija del dueño:

—¿A qué espera para vestirse? Su anatomía no me impresiona y va a pillar un resfriado.

El rostro ascético, severo, de Castel, continuó impasible.

—Estás sentada sobre mi camisa. Además, tuve que rasgar la mitad de una manga para lavarte el rasguño.

Levantándose, ella le lanzó la camisa que él cogió al vuelo.

Mireya se pasó la mano como un peine por sus cabellos, y a media voz como si hablase consigo mismo, dijo:

—Bueno, aquí no hago nada. Me voy...

Castel no se movió. Su alta figura taponaba el umbral.

—¿Qué vas a explicarle a Baylac?

—Nada. Vine aquí como podía haber ido a otro lado.

—¿Cómo entraste en la serrería?

—Por el portalón de la playa. Tengo la llave. Bueno, ¿quiere usted dejarme salir, por favor?

Castel permaneció inmóvil, aunque respaldándose en la jamba.

—Hubieras salido ganando si en vez de huir, hubieras esperado. Entonces nada habría impedido que te fueras. Ahora todo es distinto.

—¿Por qué?

—Tu fuga fue absurda. No tenías motivo alguno para huir, y mucho menos para intentar aplastarme bajo una vigueta... Explícate, a ver.

—La serrería de Morcens está deshabitada desde hace un año. Por consiguiente usted no podía ser el guarda. Tuve miedo y me escondí donde pude.

—Vamos a admitir que no soy el guarda. Pero el hombre que viste salir de esta barraca no era necesariamente un malhechor. ¿No se te ocurrió pensarlo? Sin embargo, tienes aspecto de poseer el suficiente valor para enfrentarte a un desconocido, en plena noche, aunque sea a dos kilómetros de la casa más cercana.

Aquel interrogatorio disimulado no tenía otra finalidad que desembocar en la pregunta que iba a ser decisiva.

Mireya lo comprendió instintivamente y le fue imposible ocultar su repentino temor.

—Si no recuerdo mal, estabas inmóvil en medio del patio, frente al hangar de las sierras. Parecías esperar algo...

—No esperaba nada —murmuró ella.

Castel siguió impasible. Desvió los ojos para mirar la llama de la lámpara. Su pregunta parecía trivial:

—¿Hacía tiempo que estabas allí?

—No, no. Acababa precisamente de llegar —dijo ella apresuradamente—. Quería tan sólo echar un vistazo al *bungalow* donde dicen que mi padre recibe visitas...

—Mientes, muchacha. Estabas ahí desde mucho antes. Tu fuga no tiene otra explicación.

El rostro bronceado de Mireya empalideció.

Había heredado de su padre una rabiosa energía que se traducía de improviso con arrebatos de agresividad:

—¡Pues, sí! Y ahora ya sé quién eres tú.

—¿De veras? —silabeó Castel, glacialmente.

Con un taconazo brutal cerró la puerta de la barraca.

Avanzó lentamente, abiertas las manos, contemplando a la hija de Baylac con expresión implacable.

CAPÍTULO VI

Mireya Baylac retrocedió de un salto, cogiendo de paso la silla, y se adosó a la pared del fondo, cerca del cofre.

Castel se dio cuenta que el quinqué estaba al alcance de la mano femenina. Le bastaría a ella un gesto para dejar a oscuras la estancia.

Se detuvo, buscando el medio de atrapar aquella hermosa presa sin estropearla. No parecía cosa fácil. Ella tenía aspecto de estar decidida a defenderse con energía. Decía algo roncamente:

—Si das un solo paso más te rompo la silla en la cabeza.

Forzó Castel una sonrisa:

—Vaya... Es casi una manía. Tranquilízate. No tengo el menor deseo de que intentes estallarme la cabeza por segunda vez.

Coléricamente, destellantes los ojos, acusó ella:

—Lo he visto todo, lo he oído todo. Y de los tres, tú eres el peor, porque eres... ¡un granuja!

—Tienes aún pocos años para saber emplear esta palabra con la maldad necesaria. Ten el valor de tu franqueza y declara sencillamente que te doy miedo.

Castel rió. Mireya se sorprendió al descubrir de pronto en aquella risa una sincera cordialidad que resultaba desconcertante.

Apretando el respaldo de la silla entre sus dos manos, balbució:

—Quieres asesinar a mi padre.

—Digamos, ajusticiar. ¿Acaso no lo merece? Todo el mundo le odia. Dime de alguien que no le odie...

—¡Yo! ¡Cállate! ¡Calla o te rompo la silla en la cara! —exclamó ella jadeante.

—Cometerías un grave error, muchacha. Apenas sueltes la silla, salto encima de ti.

Tuvo ella un instante de debilidad y sus brazos se relajaron. En voz baja, titubeante, preguntó:

—¿Qué pretendes... hacerme?

Castel acentuó su sonrisa de buen humor:

—No tengo la menor intención de matarte, como parece creer. Las circunstancias así lo aconsejarían, pero no soy un profesional del asesinato. Digamos que soy alguien que ha caído de la luna, y por encima de todo soy muy curioso... Dime la verdad. ¿Hace tiempo que estabas espionando?

Mireya vio un medio de salir de apuros hablando lo más posible para distraer a aquel sonriente asesino.

—Hace algunos días, navegando con mi balandro, vi salir de esta serrería un coche blanco. Diez minutos después, «Comet» gris metálico giraba en este patio y se iba por el camino forestal. No hay más que un coche de este modelo en la región y es el de mi padre. Volví esta noche por el sendero de la playa para salir de dudas. Registré sin encontrar nada.

—¿Qué esperabas encontrar?

—Sé que mi padre se siente amenazado de un peligro de muerte. Yo me imaginaba que el peligro podía proceder de esta serrería aislada donde sostiene entrevistas misteriosas.

—Tus sospechas te han llevado al sitio preciso, pero te equivocaste de lleno al suponer que Baylac arriesgaba su piel acudiendo a citas amorosas.

Mireya le miró furiosa:

—No tardé mucho en darme cuenta. Damian llegó con una cesta de provisiones. Casi estuvo a punto de sorprenderme. Me deslicé justo a tiempo al fondo del gran hangar, tras las sierras...

Su voz se truncó:

—Ya cuando era pequeña, la gente me miraba con rencor, casi haciéndome pagar el odio que sienten por mi padre. Yo no tenía más que un amigo. Era Luc Damian, el pescador de la Isla de los Pájaros. Ahora ya no tengo a nadie.

—No exageremos. Luc Damian es uno de estos seres sencillos, sin complicación, que odian de lleno, de modo duradero. Pero esta actitud, ¿por qué va a impedirle sentir una sincera amistad por la hija de un hombre... poco digno? Supo discernir y diferenciar, lo cual demuestra su grandeza de alma. Por consiguiente, volverá a ser tu amigo, apenas tu señor padre quede instalado en el panteón de la familia, en la Vergne o donde sea.

Dio un paso de lado para acercarse. Mireya alzó la silla.

—¡No te muevas o te atizo!

—Permíteme desentumecer las piernas, ¿no? Después de todo, tu querido papá no está todavía ahorcado...

—¡No eres más que un cínico asesino! Te vi llegar con el otro granuja, Michel Duclos...

—Duclos no es ningún granuja y tiene sus motivos para no sentir el menor aprecio por tu padre. ¿No conoces la historia? Duclos era el responsable de una docena de vidas que tu padre vendió. Solamente un muchacho salió vivo de aquel matadero. Yo.

—Eran doce aventureros que cometieron una falta imperdonable al obligar a mi padre a darles asilo, cuando en el castillo había toda una colonia de niños.

—Ya lo recuerdo, como comprenderás. Treinta chiquillos evacuados. Y le gustaba a Baylac jugar al patriarca protegiéndose tras un batallón de mocosos. Nosotros no éramos más que un puñado de muchachos debilitados por seis días de marchas y fuga, y que buscaban solamente un hoyo con paja para poder dormir unas horas. Los SS estaban por todas partes...

—Haberles saltado encima, en vez de morir amontonados al fondo de un establo.

—Alguien les abrió la puerta —dijo suavemente Castel—. Este es el problema. Alguien les abrió la puerta. ¿Estabas en la Vergne la noche de la matanza?

—Sí, pero por entonces yo no tenía más que ocho años.

—Edad suficiente para conservar un recuerdo claro de determinadas cosas. Anda, explícamelo.

Sonreía como para animarla. Mireya sentíase a instantes fascinada por aquella silueta atlética, de rostro implacable, severo.

—En el castillo había unas cincuenta personas. Todas se dispersaron como una bandada de gorriones cuando los dos camiones repletos de SS franquearon la entrada principal. Debían ser las cinco o las seis...

—Las siete y cinco —rectificó Castel—. Todavía tenía yo un reloj. No olvides que participé en el festejo. ¿Qué más pasó?

—Me escapé con otras dos niñas por el patio de atrás. Nadie nos había seguido. Nos escondimos detrás de unos montones de heno. Es decir, que sin saberlo, los dos no estábamos muy lejos entonces...

—Sí, pero tú estabas fuera, frente a un establo cerrado con llave. Yo estaba dentro, al otro lado de la puerta cerrada.

—Pero todo el mundo ignoraba que vosotros estabais allí.

—También los SS. Felizmente tu papá se encontraba allí para señalarles el camino hacia aquel patio.

—¡Se trataba de salvar a cincuenta personas!

—Y Baylac consideró más prudente mostrarle la puerta del establo al SS que servía de intérprete. ¿Quién de los dos hizo girar la llave en la cerradura? Tú estabas bien colocada para verlo...

—¡Vete a preguntárselo! —chilló Mireya, furiosa—. Explicó todo el caso, por dos veces, con quince días de intervalo, ante dos comités de depuración que lo absolvieron sin la menor reserva.

—Ya me lo ha explicado Duclos. No me sorprendió que tu padre se beneficiase de tamaña indulgencia. Había alguien más aquella noche en el castillo. Unos invitados de categoría. Las tripulaciones de dos bombarderos británicos derribados por la defensa antiaérea alemana. Tu padre los escondía precisamente en su granero en espera de hacerles guiar hacia Toulouse.

—¡Sí, señor, así fue!

—Cuando los SS llegaron de imprevisto, el miedo le inspiró a Baylac una decisión. Sacrificar los unos por los otros. Es decir, los doce muchachos en el establo sirvieron como moneda de cambio. No les preguntaron si estaban de acuerdo, ni les dieron tiempo de decirle a tu padre lo que pensaban de él. Pero yo he vuelto para refrescarle la memoria antes de verle destripado o ahorcado por mis amigos de aquella época.

Se calló, bajando la vista al suelo, crispadas las facciones.

Mireya se tensó dispuesta a proyectarse apoyándose contra la pared.

Alzando la vista sonrió de pronto Castel:

—Gracias a ti, Baylac va a gozar de un breve aplazamiento de sentencia. Pero no te hagas ilusiones. Tarde o temprano lo despellejaremos. Podrás decírselo de mi parte mañana, si es que sales sana y salva de esta ratonera.

Ella levantó la silla por encima de su cabeza.

Castel no le prestó la menor atención.

Inclinándose sobre el camastro, arrancó la manta con gesto brusco.

—Me llevo el colchón. Iré a dormir en el hangar. Tú pasarás la noche aquí, sobre el sommier. O también puedes montar la guardia sentada en esta silla que agarras con tanto cariño.

Levantó el colchón con ambas manos por el centro.

Mireya abatió entonces la silla con violencia para estrellarla sobre la cabeza del hombre inclinado, pero Castel se irguió con rapidez proyectando el colchón como escudo hacia adelante.

El impulso de aquella masa pesada la rechazó contra la pared.

Perdido el equilibrio, trató de apoyarse en el cofre y su brazo derribó el quinqué que se apagó al tocar el suelo, sumiendo la barraca en plena oscuridad.

Llevado de su propio impulso, Castel aplastó el colchón contra la pared, mientras la silla saltaba a un lado.

Oyó a Mireya jadear al otro lado, y de pronto tropezar con la mesa en su ciega fuga.

—No pierdas el tiempo con la cerradura —dijo Castel—. Tengo la llave en el bolsillo y dentro se queda. Yo no soy como el antiguo dueño del castillo de la Vergne que abría sus puertas con gran facilidad.

Se guardó ella de contestar. Su mejor defensa consistía en quedarse inmóvil y silenciosa, hasta orientarse. Se mantuvo adosada a la puerta cuyos salientes se hincaban en su espalda.

No había más que una pequeña ventana recortada en el mismo tabique y cerrada por una persiana. Se abría demasiado arriba y era imposible acceder a ella por sorpresa.

Finalmente le oyó venir. Avanzaba muy suavemente, parándose a cada

paso, y su movimiento sólo era perceptible por la respiración que se acercaba en la oscuridad.

Mireya se desplazó inmediatamente en sentido contrario y la detuvo la mesa que logró contornear sin hacer ruido.

Continuó hacia el fondo, tendidos los brazos hacia delante, y súbitamente lanzó un grito estridente.

Creía que el hombre estaba tras ella, al otro extremo de la sala, y sus manos acababan de tocar su torso desnudo y frío.

Castel no intentó atraparla limitándose a reír en tono bajo.

Mireya se lanzó con todo su peso contra la puerta, desgañitándose en chillidos de terror.

Castel la dejó agotarse nerviosamente. A tientas, volvía a colocar el colchón en su sitio, recogiendo la manta del suelo.

Al cabo de unos instantes oyó que el cuerpo femenino resbalaba contra la puerta.

Acurrucada, sentándose sobre sus tacones, de lado, aplicado el perfil contra la puerta, Mireya empezó a sollozar de modo convulsivo.

El silencio le resultó insoportable y exclamó:

—¡Déjame salir por lo que más quieras! Cada uno se irá por su lado y te juro que mi padre no sabrá nada de lo que esta noche he oído. Bastará que olvides todo esto y le dejes tranquilo...

—Dame tan sólo una razón convincente para que yo perdone a este individuo. Una sola razón, anda.

—Mi padre se vio obligado a hacer lo que hizo...

—No hay modo de que puedas convencerme. Eres su hija y le defiendes, lo cual es noble, humano y lógico. Pero a mí, ¿quién me devuelve los doce años de miserable vida que perdí, trabajando como una bestia, sin amistades, sin ver una sola mujer...? ¿Sabes acaso lo que significa vivir así durante doce años?

—Si yo estuviera segura de hacerte desistir de tu intención y que los otros dos abandonasen su propósito... Porque ellos dos han esperado a que volvieres tú para sentirse verdugos, porque antes... Si yo estuviera segura...

—Ellos dos no harán nada si yo no les incito.

Buscó el quinqué en torno al cofre y rasgó un fósforo. La llamita roja iluminó poco a poco la estancia.

Al volverse vio que Mireya no se había movido. Agachada la cabeza, lloraba silenciosamente.

—Es una suerte y un privilegio el que tenéis las mujeres. Llorar os reposa un poco.

Se encogió ella al verle acercarse.

Castel dobló una rodilla para aproximarse más a ella, y pasándole la

mano por la frente alzó los mechones rubios que velaban los ojos de Mireya. Ella estaba demasiado agotada para reaccionar.

—Muchacha, no soy ningún bruto rematado. En cierto modo, los años de exilio forzoso me han embotado. Solamente aspiro a encontrar un rincón tranquilo, vivir sin complicaciones y procurar olvidar los malos recuerdos. Pero queda en pie este ajuste de cuentas incubado durante doce largos años. Es lo único que todavía me une a mis amigos.

—¿Qué... pretendes hacer? —bisbiseó Mireya.

Arrodillándose completamente ante ella, le pasó un brazo encima de los hombros. Su gesto era tan fraternal que ella no se opuso.

—Mañana por la tarde esperaré a tu padre aquí. Estaré solo, sin armas y habré descolgado la cuerda del hangar. Apenas llegue él, le propinaré una paliza de la que se acordará toda su vida. Quizá en la trifulca pierda yo algunos dientes, pero ya procuraré que su cara quede marcada a fondo. Si por casualidad al llegar él me alojase una bala en la cabeza, serán muchos los que irán a comunicarles a los verdugos que la hija del delator, a su vez me delató...

Intentó ella rechazarle, pero sin gran fuerza y desistió.

—No creo que me delates, muchacha.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque en el fondo comprendes la razón que me asiste, y a la vez yo comprendo que como hija defiendas a un hombre por odioso que sea y que siempre ha demostrado que solamente quiere a una persona: él mismo.

La levantó sin esfuerzo manteniéndola apretada entre sus brazos. Murmuró ella:

—Suéltame, déjame... Deja que me vaya...

Castel la separó dejándola en pie. Abrió la puerta con violencia:

—Lárgate... Mira, la realidad es que de pronto tu padre ya no me importa nada. Matarle no resucitaría a los muertos. Haré que Duclos y Damian desistan de la idea. De todos modos, hay otros verdugos al acecho. ¡Ahora vete y pronto antes que me arrepienta!

El aire fresco entraba purificando el ambiente y ambos respiraron a pleno pulmón los aromas de la naturaleza removida por la reciente tormenta.

A lo lejos, las luces de la bahía se estremecían en la noche límpida y tranquila.

Mireya Baylac salió de la barraca con una sensación de prisionera repentinamente liberada.

En el umbral, Bruno Castel permanecía inmóvil, ardientes los ojos.

Cuando ella había caminado unos cinco pasos dio media vuelta y aproximándose a Castel tendió la mano, y en silencio, emprendieron juntos a pasos lentos el camino hacia el bosque.

CAPÍTULO VII

A las seis de la mañana el amanecer era una delicia de flores húmedas abriéndose a la caricia del primer sol.

Joel Echebarri, el sobrino del jardinero, bajando hacia la playa quedó plenamente seguro que estaba solo y nadie podía verle.

El bote de pintura negra estaba escondido al final de la tapia entre un macizo de retama, con un grueso pincel sujeto al bote mediante una ancha tira de goma. Era donde siempre lo dejaba Luc Damian, el pescador.

Joel regresó ante la puerta inmaculada con la blanca capa que él mismo había pincelado el día anterior.

Comenzó por lo más divertido. La calavera, las tibias entrecruzadas y el ataúd que trazaba a grandes rasgos derrochando pintura.

Mireya acudía a pie por el sendero de la pineda. El joven pintor aficionado retocaba las dos tibias con tal dedicación que solamente la vio a ella en el último momento y permaneció paralizado por el estupor, con el pincel goteando en el aire.

—Hola, Joel. Eres todo un trabajador concienzudo. Verás como te pille mi padre o el dogo que tiene por escolta. Vas a aborrecer la pintura hasta el fin de tus días. Hazme caso. Que pinte el que te engatusó para hacerlo tú. Me apenaría que fueras a parar al hospital.

Boquiabierto, Joel no supo qué decir. Siguió ella su camino, subiendo los peldaños. No había nadie a la vista. Mireya contorneó la piscina y remontó hacia la casa.

Desembocaba sobre la última terraza cuando su padre salió repentinamente de la sala de estar, encendiendo un pitillo. Mireya le deseó los buenos días con tono distraído y siguió adelante.

Baylac la interpeló con tono mordiente:

—¿Has estado pescando atunes o ballenas? Hace ya dos días que no se te ve... ¿Dónde has pasado la noche? Quiero saberlo.

—Teníamos una reunión en *club* de Balandros, porque habían llegado los participantes holandeses... Hicimos *camping* en el bosque.

Mentía con toda tranquilidad, porque sabía que su padre no haría averiguaciones.

Baylac se limitó a gruñir entre dientes. Al fin y al cabo pensaba siempre que la responsabilidad de aquella criatura semisalvaje era incumbencia de su madre.

Ya en la bañera, oyó Mireya partir los dos coches. El «Comet» conducido por su padre, y el «D. S.» a cuyo volante iba el escolta Sylvestre.

Luc Damian descargó sus cestas de ostras bajo la arboleda de Andemos, en la terraza del *Luxor*. Eran las ocho de la mañana, y el pueblo tenía aún el frescor del despertar reciente.

Los parasoles amarillos del café albergaban solamente a un cliente desaliñado que consumía con apetito una ración de fiambres acompañándola con sorbos de un gran tazón de café.

Damian únicamente lo vio cuando estaba colocando sus ostras en la mesa de venta y despacho. Miró a todos lados, nervioso, pálido repentinamente bajo la pátina curtida de su tez.

—¡Ahueca, hombre! —dijo en voz baja—. Ya te llevaré yo comida, y vete a camuflarte en la pineda. ¡Rápido!

El rostro enérgico de Castel sonreía extrañamente. Apuró su tazón de café y dijo calmoso:

—Hay contraorden para esta tarde. Yo iré solo allá, y todavía no sé seguro si iré. Arréglate para telefonarle a Duclos y decirle que ya no se lleva a cabo el plan.

—Pasa por aquí todas las mañanas, hacia las diez, antes de ir al mercado. Pero, ¿qué mosca te ha picado, hombre?

—No tengo deseos de caer estúpidamente en un cepo. Y vuestro plan sería un fracaso.

—Te juro que no tenemos nada que temer. Desde hace quince días, hago mi ronda en torno a la serrería, y nunca he visto ni un gato. Todo está bien organizado, cronométricamente. Una ocasión tan magnífica no se presentará tan fácilmente. Hemos de aprovecharla.

Castel permaneció en silencio, casi ausente la expresión.

Insistió Damian:

—¿Temes volver a encontrarte entre rejas? En este caso, regresa a París y déjanos a nosotros efectuar la ejecución. Nos las arreglaremos sin ti. Duclos no es manco. Yo tampoco.

—Pareces olvidar que Baylac me pertenece. Es a mí a quien hizo daño. Los que murieron no van a resucitar, tome yo la decisión que tome.

Y tajante la entonación agregó:

—Os prohíbo a los dos que intentéis cualquier cosa contra Baylac sin que yo esté de acuerdo. ¿Está bien claro?

Alzó Damian los hombros.

—Te has rajado posiblemente pensando en la mujer y la hija. Es un sentimiento muy respetable, pero trata de comprender que tu generosidad al

indultar a Baylac, beneficiará únicamente al propio Baylac. En cambio, su muerte contentará a muchos estafados, víctimas de sus manejos.

—Voy a hablarte claramente como corresponde, Luc. Imaginemos por un momento que llevamos a efecto la ejecución y que todo salga bien. Vosotros dos, inmediatamente después, volvéis a vuestra vida cotidiana escapando fácilmente a toda sospecha. Yo, pese a todas las garantías que habéis tomado para que yo permaneciese a la sombra, llevaría a partir de entonces una vida inquieta, de hombre acosado. La policía no tardaría en hallar la relación entre el asesinato de Baylac, sus puercos manejos durante la Resistencia, y el regreso a Francia de uno del *maquis* llamado Bruno Castel.

Iba a replicar Damian, pero le atajó Castel con gesto seco de la diestra abierta.

—Escucha, comprenderás que harían falta más cosas para desanimarme, porque he conservado el coraje rencoroso de mis diecisiete años, y nadie en el mundo podría alegrarse más que yo cuando muriese este canalla. Pero ha sucedido algo nuevo que obliga a meditar a los verdugos que decidimos ser.

Damian cogió una silla y volviéndola la montó a horcajadas frente a su compañero. La influencia que antaño ejercía Castel sobre sus compañeros de lucha acababa de restablecerse. Volvía a ser el cabecilla, el que daba órdenes.

—¿Qué pasó, Castel?

—Ayer noche en la cita de la serrería, éramos cuatro y no tres.

—¿Eh? ¿Y cómo puedes tú saberlo?

—Esta mañana, un poco antes del amanecer, fui a la playa. Al regresar a la barraca del guarda, comprobé que habían registrado los bolsillos de mi americana, y examinado mi documentación, aunque nada me robaron.

—Eso no demuestra gran cosa.

—Espera. Cuando regresé empezaba a clarear el día. La arena del patio estaba aún húmeda. Las huellas del merodeador estaban bien claras y ya salían directamente del hangar de las sierras. Si quieres comprobarlo, vete allá.

Damian meneó la cabeza en negativa, con expresión temerosa. Prosiguió Castel:

—Quien fuera, se introdujo anoche en la serrería, y tu llegada le sorprendió en el interior. Ya no se atrevió a moverse, sobre todo después de oír todo lo que hablamos. Lo más peligroso es que ahora conoce mi identidad, la tuya y la de Duclos.

Encorvó Damian los hombros al afirmar:

—En estas condiciones creo que vale más que olvidemos todo el asunto. Dejaremos pasar el tiempo. Voy a telefonear a Duclos.

Hacia las nueve detuvo Duclos su vieja furgoneta ante la terraza del *Luxor*.

Esperó junto a la acera y los tres se reunieron al lado de la furgoneta. Duclos no demostraba pánico, sino decepción.

—Vas a ir ya mismo a la serrería, Damian. Llévate todas las cosas que dejaste allí, recoge las colillas, borra nuestras huellas y pasa el escobillón por todos los sitios donde pudimos pisar.

—¿Y la cuerda?

—No hace falta que la descuelgues. Podrá servir algún día.

Damian se alejó a grandes zancadas hacia la bahía.

Castel, casi sentado sobre un guardabarro, fumaba contemplando indolentemente el tranquilo paisaje marino.

Solícito, inquirió Duclos:

—¿Y tú qué vas a hacer ahora?

—Voy a instalarme aquí. He telefonado al hotel de París para que me expidan mi equipaje.

—No es muy prudente. Un día u otro, forzosamente, llegará a enterarse Baylac.

—Ya no tengo porque esconderme. Soy un hombre libre. Me divierte quedarme por aquí y esperar los acontecimientos. Si Baylac se siente amenazado, me agradecería enterarme lo antes posible.

—Bueno, en todo caso, no se te ocurra asomarte por su finca de Mimizan.

—¿Y qué puedo arriesgar?

—¿Crees acaso que el gran canalla vacilaría ni un solo instante en pegarte un tiro desde detrás de su puerta?

—La guerra acabó hace tiempo. No creo que se pueda tirotear tan fácilmente a un ciudadano.

—Le bastaría pretextar que viniste a amenazarle... En fin, yo simplemente deseo evitarte un mal fin. Casi te diría que no comparto tu despreocupación, pero te conozco. Eres terco, y si has decidido quedarte, nadie te hará cambiar de idea.

—Exacto. Y queda ya claro que no emprendéis nada en contra de Baylac. Hubo quien nos oyó y vio. Si le pasase algo a Baylac, y no tuvierais una coartada a prueba de bomba tú y Duclos, mal asunto...

—Descuida, Castel. No moveremos ni un dedo, hasta que la situación se despeje de un modo u otro. Me voy a mi trabajo. Hasta pronto.

A solas, sonrió Castel complacido. Por lo menos en lo que se refería a sus dos amigos, había cumplido la promesa hecha a Mireya Baylac.

Y pensar en ella le devolvía la alegría de vivir.

CAPÍTULO VIII

A las cinco, menos cinco de la tarde quedaba un último visitante en la antesala.

—¿Quién es? —preguntó Baylac a su secretaria.

—Un señor llamado Dupont que viene recomendado por nuestro agente de Biarritz. Busca una serrería en la región.

—¿El cliente tiene mal aspecto?

—No, no. Parece un señor serio, muy correcto.

—Avisé inmediatamente a Sylvestre. Dígale que venga a la antesala y examine de cerca a dicho Dupont. Ya sabe que de quienes no conozco personalmente, no me fío.

Sylvestre estaba abajo con el contable que terminaba de cerrar las dos bolsas conteniendo las pagas de las sucursales.

A la llamada de la secretaria, Sylvestre subió rápidamente, refrenándose al entrar en la antesala.

El llamado Dupont estaba arrellanado en un sillón, hojeando una revista de construcción.

Sylvestre lo calibró con experta ojeada. La americana deportiva abierta, no ocultaba ninguna protuberancia sospechosa.

—¿Desea usted ver al señor Baylac?

El visitante tiró la revista a la mesita, levantándose. Simuló Sylvestre tropezar con él. Pudo así comprobar que no llevaba arma de fuego.

Aunque podía disimular un buen cuchillo en el interior de la manga. Si el desconocido venía con mala intención, era fácil darse cuenta.

—No sé si el señor Baylac le recibirá ahora. Ya es tarde para él. Sería preferible que vuelva usted el lunes.

—Espero desde hace ya media hora. Vaya a decirle a su patrón que no es el único agente de fincas en la ciudad. En mi lista hay una docena de serrerías que bien valen la suya.

—Aguarde un momento, por favor.

Sylvestre empujó dos puertas insonorizadas y penetró en el despacho de Baylac que inquirió secamente:

—¿Y bien...?

—Es un hombre de negocios. Y desea adquirir una serrería. Tiene una lista de doce.

—¿Ha comprobado su identidad?

—Todo está en orden.

Baylac miró su reloj:

—Bien. Que pase... ¿Cuándo se va usted?

—Ahora mismo. El contable me espera en su despacho.

—No tarde demasiado en volver. Quiero verle en Mimizan antes de las ocho.

—Habré vuelto antes.

Las puertas ventilaron en ambos sentidos, y el visitante efectuó su entrada. Baylac se hallaba en pie tras su mesa blanca y verde.

—Buenas tardes. Le advierto que la serrería de Morcens está muy solicitada. Me han hecho varias ofertas, rondando el millón. Si no dispone de la mitad de esta cantidad en efectivo, inútil que perdamos nuestro tiempo.

El visitante siguió avanzando lentamente. Baylac no lo reconocía, pero la frialdad y el desprecio de aquel rostro duro, le causó cierta inquietud.

Nunca quería llevar un arma encima ni tenerla al alcance de la mano, porque resultaba demasiado peligroso para su carácter impulsivo.

El presunto cliente declaró con aspereza:

—Su serrería me tiene sin cuidado. No vale ni cien mil francos.

Baylac se inclinó sobre su intercomunicador:

—¡Que venga Sylvestre, rápido!

—Acaba de bajar —replicaba la voz respetuosa de la secretaria Monique—. Voy a preguntar si el coche sigue aún...

—¡Dese prisa, cotorra! —gruñó Baylac.

Mirando agresivamente al desconocido, manifestó:

—No sé quién es usted, pero no quiero perder mi tiempo...

—Yo tampoco. La última vez que nos vimos, usted estaba vendiendo un establo anexo a un castillo. Puntualizo que no hubo firmas ni contrato. Al irse los que se interesaron por el establo, se quedó usted con once cadáveres. Yo era el que completaba la docena, y he venido a saludarle de parte de mis compañeros.

Distendiéndose, aplicó Bruno Castel un sonoro bofetón complementándolo con el revés en el mismo manotazo.

Una intensa palidez se extendió por el magullado rostro de Baylac que, aturdido, cayó sentado en su sillón.

—Hoy la situación es muy distinta —expuso Castel calmamente—. Estamos los dos solos. Ya no soy un mozalbete, sino un hombre de veintinueve años que adquirió forzosamente una musculatura de minero. Pero está usted todavía en buena forma física para aguantar algunos minutos antes que le parta la cara... Cuando quiera levantarse, tendré un gran placer en saltarle los dientes.

Castel se preparó en espera de una repentina agresión del robusto

Baylac. Pero éste siguió sentado. Sacudía la cabeza, como tratando de despejarse, pero a la vez era una negativa.

Baylac sabía replicar adecuadamente cada vez que le atacaban, pero durante quince días había incubado un miedo insidioso y la espera le había acobardado.

—No pelearé con usted —dijo hablando con lentitud— y se va a ir sin más violencias. De un momento a otro vendrá mi escolta. Sepa que no podrá perjudicarme en nada, y en cambio apenas salga por esta puerta no tenga la menor duda de que haré lo importante para acabar con usted, como sea.

Apoyando los puños sobre la mesa, se inclinó Castel.

—Ya no tiene nada que temer de mí. Es una pena que se niegue a pelear, pero al fin y al cabo ya esto carece de importancia. Vamos a hablar de otra cosa. Su hija Mireya y yo hemos congeniado hasta el punto de que gracias a ella, por lo que a mí se refiere, sigue usted vivo. Para aminorar la sorpresa que pueda producirle el abandono de Mireya de su supuesto hogar, he venido a comunicarle que ella y yo pensamos casarnos lo antes posible. Sí, fue un flechazo en noche de tormenta.

Congestionándose poco a poco, gritó Baylac roncamente:

—¡Lárguese!

—Me voy, pero quede constancia de que adoro a Mireya. Esta romántica declaración la juzgo necesaria para que en la mente sucia que usted posee no aliente la idea de que se trata de mi venganza. Precisamente porque quiero a Mireya he abandonado toda idea de venganza. Adiós.

Atravesó la antesala y al salir al rellano se encontró con Sylvestre que salía apresuradamente del ascensor. El ex policía quedó tranquilizado ante el aspecto sonriente y sereno del llamado Dupont.

—Vaya... La entrevista no duró mucho. ¿Consiguió la serrería?

—Demasiado cara para mí —replicó Castel, alejándose sin demostrar prisa alguna.

Sylvestre llegó jadeante a la antesala. Preguntó a Monique:

—¿Por qué me envió con mensaje de urgencia a su auxiliar? ¿Qué pasaba?

—No lo sé. Pero cuando conecté por unos instantes el comunicador con el despacho, oí el estampido de un par de bofetones. No cabe duda que los recibió Baylac, porque el joven que salió tenía la cara intacta. En estos momentos, Baylac debe estar de un humor de perros. Seguramente la tomará con el primero que se le presente. Allí usted.

Sylvestre dio media vuelta, alegando:

—Usted se va, ¿no? Yo también. Abajo me espera el contable con gran impaciencia.

Minutos después, en el ascensor, Baylac sentía aún el escozor del

manotazo en vaivén sobre sus dos perfiles. Habían dejado unas rojeces mal delimitadas que podían representar una subida de presión sanguínea tras una buena comida.

Baylac esbozó un rictus al pensar en el capataz corso de una de sus construcciones. Por unos miles, el bestial y atlético corso, se esmeraría en desfigurar para siempre y romperle algún hueso al maldito ex resistente,...

El «Comet» gris relucía como un pez gordo en la parte sombreada del estacionamiento. Baylac se ajustó las gafas antisolares y pisó el acelerador.

Corno de costumbre llegó el primero. La serrería abandonada y silenciosa se bañaba en las sombras doradas del atardecer.

Baylac aparcó el «Comet», en marcha atrás, al fondo del gran hangar, y yendo al *bungalow*, aireó la sala de estar, dejando una ventana abierta que volvió a cerrar al oír el rumor de un coche acercándose.

Fue a abrir la puerta. El «Florida» blanco se aproximaba y se dirigió Baylac a su encuentro. Veía a la conductora con su turbante y el velo negro ocultando sus facciones.

Una conquista fácil. La conoció en la terraza de un bar. Una marselesa que declaró llamarse Gabriela, ser viuda, y que deseaba conservar un riguroso incógnito apenas se internaba por las proximidades de la serrería.

Al detener el coche, Gabriela alzó su velo. Baylac se irritó:

—¿Por qué me miras así? ¿Tengo micos en la cara o qué?

—¿Te has peleado?

—¿Tanto se nota?

—Deberías mirarte al espejo. Tu mejilla derecha está marcada claramente. Hasta se pueden contar cuatro nudillos de una mano. Vaya puñetazo que...

Se calló ella al ver los ojos desorbitados de Baylac que soltando la entreabierta portezuela, empujaba a la mujer brutalmente.

—Ya estaba harto de ti. Eres una pava tonta. No vuelvas más. Ya puedes dar media vuelta y rápido. Si por casualidad volvemos a vernos, ¡cambia de acera o te soltaré unas cuantas verdades, estúpida!

El «Florida» embolsó en amplio viraje que hizo chirriar la gravilla y desapareció por el camino forestal.

Furioso regresó Baylac al *bungalow*. Pasó largo, tiempo en el cuarto de baño aplicándose compresas de agua fría en las mejillas. No podía regresar demasiado pronto a Mimizan, ya que perdería el beneficio, de un horario ya consagrado por la costumbre.

Un poco antes de las ocho salió del *bungalow*. El patio empezaba a ensombrecerse al amparo de los pinos. Se acarició Baylac las mejillas. Ya no le escocían. Apenas llegase a casa le haría saber a Mireya quién era el amo y si ella se insolentaba se iba a llevar la gran paliza.

El «Comet» estaba casi invisible al fondo del hangar. Al avanzar notó

Baylac que el coche estaba demasiado arrimado a la plataforma de la izquierda.

Contorneó el capó para entrar por la portezuela derecha. Giró el contacto y el ronroneo suave del motor se amplificó en el silencio.

Se disponía a arrancar cuando muy cerca una voz le interpeló:

—¡Oiga, Baylac!

Soltó bruscamente el acelerador y colocó la palanca en punto muerto. La voz parecía surgir del suelo entre las ruedas del «Comet».

—¡Señor Baylac! Un momentito, por favor...

No pudo soportar Baylac la risa burlona que acompañaba la frase.

Rabioso, abrió con violencia la portezuela izquierda y salió impetuosamente.

La compuerta estaba abierta. Baylac no halló apoyo para sus pies. Extendió los brazos para agarrarse al reborde, pero su peso le hizo caer rodando por los seis peldaños del sótano.

Quedó aturdido por la caída. Al volver a abrir los ojos distinguió vagamente una silueta que acudía desde el compartimento de motores.

El hombre avanzaba encorvado para pasar bajo las gruesas correas que se cruzaban en todos sentidos.

Preguntaba con voz afable:

—¿No se ha roto nada?

Su rostro estaba manchado de grasa, y era imposible distinguir sus rasgos en la penumbra. Llevaba un mono de mecánico y gruesas manoplas.

Aún medio entontecido, dijo Baylac:

—¿Quién es usted?

—El nuevo mecánico.

—¡Imposible! Nunca hice reemplazar al viejo idiota al que despedí.

—Se olvida usted que el equipo mecánico de la serrería está en alquiler con opción a compra. Yo vengo a inspeccionarlo dos veces por mes. Aquí la arena y la humedad lo oxidan todo prontamente.

—Bueno, ayúdeme a salir de este agujero.

Sentíase flojo como un guiñapo. El hombre del sótano intentó alzarle por los sobacos, pero la corpulencia de Baylac rondaba los noventa kilos.

Dejándole sentado, comentó:

—Así, sin ayuda, no lograré levantarlo. No se mueva. Lo arreglaremos de otra manera. Baylac no tuvo ni tiempo de girar la cabeza.

Con rápido movimiento, el desconocido de rostro, enmascarado por la grasa, le pasó en torno al cuello un cerco de cadena que tintineaba como el collar de un perro.

Baylac se debatió débilmente, como en una pesadilla.

—Pero, ¿qué demonios hace...?

—Tranquilo. Voy a subirle con él torno.

Saltó hacia el panel de palancas. Un motor se puso a chirriar al fondo del sótano.

Baylac pataleó y braceó en todas direcciones, pero el collar ya se había cerrado bajo sus mandíbulas y lo izaba inexorablemente hacia la oscura bóveda del hangar.

Tuvo aún tiempo de ver desfilas ante sus ojos el rectángulo negro de la fosa abierta, el tejadillo reluciente del «Comet», los bancos de sierra y la abertura dorada del hangar. Hasta que sus vértebras se rompieron con seco chasquido.

CAPÍTULO IX

El comisario Lambert recibió la llamada telefónica procedente de la gendarmería. Bajó al piso inferior empujando la puerta de la sala donde dos inspectores soñolientos atendían el turno de noche.

—¡Ya está! Gaston Baylac ha fallecido de muerte violenta.

Los inspectores Pradol y Rapin cabecearon afirmativamente sin la menor sorpresa. Hacía ya tiempo que la supervivencia de Baylac asombraba a los componentes de la Brigada.

Pensaron que el asesino debía transitar aquella noche con la misma euforia embriagadora que el atleta siente al realizar una proeza de gran valor.

Fueron necesarios unos quince minutos para reunir el equipo que se instaló en dos «403», con el médico forense, el fotógrafo y el especialista en huellas.

El robusto Pradol conducía el coche que iba en cabeza. Hacia la medianoche aminoró la marcha al percibir las siluetas de los gendarmes inmóviles en la irradiación de los faros.

El «Comet» gris metálico se hallaba arrimado a la derecha de la carretera 108, a cuarenta kilómetros de Burdeos, en el mismo lugar donde unos ciclistas lo habían encontrado dos horas antes.

Pradol situó el coche casi tocando el cofre del otro, faros encendidos para iluminar el interior del modelo americano, y todos se apearon para contemplar al hombre muerto.

Baylac estaba sentado atrás, en la esquina derecha, con la barbilla reclinada contra el pecho, tan agachada que el comisario Lambert tuvo que acucillarse frente a la portezuela abierta hasta identificarlo.

—Es él. Venga a echarle un vistazo, Leroy.

El forense notó inmediatamente la dislocación del cuello, y el ennegrecimiento del rostro del cadáver. Anunció satisfecho:

—Para mí, la cosa está bien clara. Este hombre ha sido ahorcado y descolgado.

—¿Cuándo?

—Hará unas cuatro o cinco horas, no más.

Intervino el brigada de gendarmes:

—Conozco muy bien a este señor. No era hombre de los que se colocan una cuerda en el cuello, ni siquiera a punto de hacer quiebra, lo cual no era

su caso, supongo.

—En todo caso —rebatíó Pradol— no se ha descolgado él mismo.

El fotógrafo y el de huellas se pusieron a trabajar al interior y al exterior del coche, mientras sus compañeros exploraban la carretera y el bosque en un radio de cien metros.

El suelo tapizado de pinocha y arena no ofrecía ninguna huella clara en el camino bastante ancho que se internaba por el bosque.

—Es un camino que termina en la granja de los Boyer —informó el brigada—. Los tres ciclistas que nos avisaron trabajan allí. Regresaban a su domicilio más tarde que de costumbre. Y en cuanto a los que estaban en la granja, no vieron ni notaron nada de particular.

—¿Y la señora Baylac?

—Está en el chalet de Mimizan donde pasa todo el verano con su hija. El marido se iba del despacho hacia las cinco y llegaba a su chalet entre seis y ocho, algunos días, otros algo más tarde. Conocíamos su horario. También probablemente el asesino...

—¿Ha avisado ya a la viuda?

—Todavía no. Estimé que era terreno de su incumbencia, comisario.

Los pocos coches que pasaban apenas aminoraban la marcha. Por fin llegó la ambulancia de Burdeos.

Baylac, envuelto en una manta, pasó del «Comet» al vehículo blanco en una camilla de lona que resultaba exigua para su corpulencia.

—Me voy con él y me pondré de inmediato al trabajo —dijo el médico a Lambert—. Tendrá mi informe a primera hora de la mañana.

Perdidos en las sombras, los componentes de la Brigada olfateaban el lugar con disgusto, como sabuesos a quienes han despistado de los senderos normales.

El comisario los llamó y expuso al brigada de gendarmería:

—Prefiero que el coche de Baylac permanezca aquí hasta que sea de día. Solamente lo retiraremos después de un examen detallado del terreno. Mientras, no deje que nadie vaya por los lados de la carretera. En cuanto al resto usted conoce mejor que yo su tarea... Hoteles, tascas, estaciones gasolineras, paradas de autobuses y estación de tren...

—Ya sé —afirmó el brigada—. Es un error buscar al culpable demasiado lejos. Los listos se quedan cerca. Nada es más peligroso para ellos que tratar de irse precipitadamente de una comarca bien vigilada... ¿Desea que me ocupe también de la señora Baylac?

—No. Es asunto mío. Voy allá.

El comisario Lambert reexpidió a los técnicos de regreso a Burdeos, quedándose solamente con sus dos inspectores de confianza. Tranquilos y efectivos, eran también los más sagaces y en el inicio de una investigación difícil.

Rapin relevó en el volante a Pradol y el «403» del comisario embolsó hacia, Mimizan.

A la una de la madrugada, la blanca verja del chalet *Caprice* estaba abierta de par en par.

La fachada rosa del chalet, bien iluminada, se destacaba entre las oscuras alamedas laterales.

El coche describió lentamente un viraje hasta detenerse ante la entrada principal.

El ama de llaves, Suzon Perrier, apareció en la terraza delantera y adivinó al instante quiénes eran los visitantes.

Los tres policías bajaron del «403» mirando en torno con aspecto rutinario, adustamente recelosos.

—¿Saben algo? —indagó el ama de llaves—. Desde las nueve, la señora telefona a todas partes para tener noticias.

—Las traemos —aseguró el comisario— y no son buenas. Vaya a decirle que la policía ha llegado. Así el resto será más fácil para todos.

Rapin permaneció fuera reclinado contra el coche.

Lambert y Pradol entraron tras Suzon que les condujo hasta la primera galería abierta al jardín.

Regina Baylac engañaba su angustia hojeando catálogos de flores exóticas. Tras ella toda la bahía se recortaba en semiarco con un destello parpadeante de luces.

El rostro descompuesto de Suzon anunciaba una desgracia.

Regina Baylac se levantó, muy bonita y señorial en su *kimono* de seda y miró fijamente a los que avanzaban procurando adoptar un semblante de circunstancias.

—¿Ha muerto? —indagó ella en voz baja.

El comisario Lambert alzó los hombros en gesto resignado; pero su respuesta equivalía a interrogar:

—¿Tenía usted ya este presentimiento?

Por experiencia, ambos policías temían una crisis nerviosa.

Pero pronto quedaron tranquilizados.

Regina Baylac no soltó una sola lágrima y su bonito semblante adquirió únicamente un matiz más blanco.

—¿Un accidente?

—No lo parece. ¿Puedo hablarle unos instantes?

Pasaron al gran salón cuyo antiguo mobiliario rústico brillaba bajo una iluminación tamizada. Regina señaló un sillón al comisario.

—No la importunaré con preguntas superfluas. Es probable que un individuo hábil haya matado a su marido. Discúlpeme si saco a relucir que son muchas las personas que sentían escaso aprecio por su marido desde hace años, y perderíamos mucho tiempo intentando hacer una lista. Me

ayudará más explicándome lo que ha pasado estas últimas semanas...

Pradol había seguido a Suzon que le condujo hasta la cocina.

La servidumbre dejó de comadrear al ver aparecer aquel atleta de crespo cabello negro y nariz de boxeador.

—¿Todos están aquí? —preguntó Pradol con entonación hostil.

Suzon miró en torno:

—Sí. En verano, somos siempre seis en el chalet, incluyendo al sobrino del jardinero.

Joel Echebarri pensaba en el bote de pintura negra, y en la puerta tantas veces repintada que llevaba la cuenta a la inversa de lo que le quedaba de vida a Baylac.

Aquella misma mañana la había puesto al día y le maravillaba la clarividencia de Damian.

Dijo ingenuamente ayudado por su cara de inocente rústico:

—Falta el hombre de la pistola.

—¿Eh? —se extrañó Pradol—. ¿Quién es?

—Para nosotros este tipo no cuenta —se apresuró a puntualizar el viejo jardinero—. Solamente figura como extra. Es el nuevo chófer, un tipo presuntuoso. El señor Baylac lo había contratado para que le protegiese y como decía la señora hace poco, hubiese valido más que adquiriese un par de mastines.

—¿Dónde está?

—Sin duda en su cuarto, limpiando su pistola. Subió inmediatamente después de cenar.

Pradol solicitó nuevamente los servicios de Suzon como guía.

Sylvestre abrió su puerta al oír pasos por el corredor. Estaba todavía vestido y calzado, como en previsión de alguna tarea inminente.

La condición del recién llegado le saltó a la vista y su semblante macizo adquirió mayor impassibilidad.

—¿Sabe lo que ocurre? —le espetó Pradol.

—No.

—El señor Baylac ha sido asesinado en la carretera... ¿Dónde estaba usted?

—El señor Baylac me dijo que no me necesitaba a la hora de salida de las oficinas. Regresé directamente al chalet. El ama de llaves puede confirmarlo.

—¿Cuándo llegó?

Suzon replicó sin titubear:

—Podían ser las seis y media. Comenzábamos a regar los parterres...

Pradol hizo un cálculo mental de kilometraje:

—¿Qué coche conducía usted?

—El «D. S.» de la inmobiliaria.

—Pues perdió por el camino una media hora —afirmó secamente el policía, fija la mirada en el costado de Sylvestre—. Será necesario que nos explique este retraso. Alargó la mano para apartar el vuelo de la americana de Sylvestre y con destreza le desenfundó la «Maüser».

Maquinalmente olfateó el cañón. Olía solamente a grasa.

—¿Tiene permiso para esta herramienta?

—Naturalmente. Trabajo para la EGSA como escolta juramentado.

—¿EGSA?

—Escoltas Garantizados Sociedad Anónima.

—Lo comprobaremos por la mañana. Mientras, queda a nuestra disposición. Venga. Suzon les precedió por la escalera del garaje. Pradol echó un rápido vistazo al «D. S.» y salió al exterior empujando a Sylvestre hacia el coche de la Brigada.

Le anunció a Rapin:

—Tenemos compañía. No permitas que este señor se aleje. Tiene montones de cosas que explicarnos.

—¿Ah, sí? —silabeó Rapin como extrañado.

—Es el nuevo chófer y además escolta armado. Posiblemente es él quien ha convivido más constantemente estos últimos días con el ejecutado... digo, con el asesinado.

A lo lejos, dos faros iban aproximándose por la carretera privada. Pradol, que se alejaba, dio media vuelta y regresó hacia los dos hombres.

El coche, un «Morris» pequeño rojo, franqueó lentamente el portal y avanzó por la alameda circular.

—¿Quién es? —preguntó Pradol a Sylvestre.

—Sin duda la señorita Baylac.

Mireya venía sola.

Al virar en torno al gran redondel de césped percibió las siluetas plantificadas ante la entrada, cerca de un coche negro.

En vez de llevar el coche al garaje, lo detuvo ante la terraza y apeándose acudió hacia el grupo inmóvil.

Un ligero vestido azul con cuello blanco, la hacía aún más femenina. Sus cabellos de oro blanco estaban bien peinados, y un maquillaje muy tenue atenuaba su cutis bronceado, dulcificando el azul metálico de sus ojos.

Al llegar ante ellos, los policías adivinaron que ella titubeaba en preguntar. Fue Sylvestre, algo apartado, quien aclaró sin matices en el tono:

—El señor Baylac ha muerto.

Las cinco palabras resultaron como golpes para Mireya, que pareció encogerse dolorida. Su rostro adquirió una expresión de inmenso estupor.

—¿Dónde está mi madre?

—La señora Baylac le espera en el salón —gruñó Pradol—. El

comisario Lambert la está interrogando.

Mireya se dirigió hacia la terraza atravesándola con paso de sonámbula.

Pradol recriminó rabioso a Sylvestre:

—Habla usted demasiado rápido y demasiado pronto. Métase dentro del coche y no se mueva. Veremos si habla con tanta soltura en el despacho del comisario.

Suzon esperaba en la penumbra del garaje. Se acercó Pradol:

—Puede decirles a los demás que vayan a acostarse, pero nadie puede salir del chalet sin nuestra autorización. Volveremos mañana por la mañana.

A su vez atravesó la terraza y penetró en el salón.

El comisario Lambert se había levantado y caminaba a lo ancho de la estancia con aire molesto.

Regina Baylac y su hija se hallaban casi juntas. Mireya lloraba sin ruido ni convulsiones.

Pero su fisonomía expresaba una enorme decepción más que el trastorno de una gran pérdida.

Habló al vacío, sin dirigirse a nadie en particular:

—¿Ha sido un asesinato?

Simultáneamente, el comisario y el inspector cabecearon afirmativamente.

CAPÍTULO X

En comisaría únicamente una sala del primer piso estaba todavía iluminada.

El agente de servicio al teléfono esperaba pacientemente absorto en resolver crucigramas.

Al llegar el comisario anunció:

—El doctor Leroy acaba de llamar. Este es su mensaje.

Lambert leyó la breve nota. Baylac había recibido encima de la sien derecha un golpe violento que había abierto una brecha en el cuero cabelludo.

Probablemente lo habían dejado sin sentido antes de ahorcarle.

El verdugo había empleado una cadena de torno, muy oxidada, cuyos eslabones ovalados se habían grabado hondamente bajo y en rededor a las mandíbulas.

Rapin demostró su extrañeza:

—Oiga... Baylac pesaba alrededor de los noventa. Eran necesarios dos o tres para izarlo y descolgarlo.

El comisario encogió los hombros:

—¡Hay mil maneras de colgar a un hombre. Una liebre apresurada se ahorca sola al zambullirse en un coleteo bien situado. El tipo que ha cazado a Baylac debió estar bien informado sobre los lugares en que podía sorprenderle fácilmente.

Pradol empujó bruscamente a Sylvestre haciéndole sentarse a la fuerza en la banqueta.

—Aquí tenemos a nuestro número uno. Lo contratan para proteger la piel de un personaje importante, y ¡zas!, cinco días después su protegido se hace apiolar en un itinerario por el cual cada viernes noche desfilan por lo menos cinco mil coches.

El escolta juramentado de la EGSA durante el trayecto había aclarado varios puntos, los justos y suficientes para esquivar una inculpación. Ahora se entretenía manteniendo secreto lo más importante.

El interrogatorio se organizó familiarmente en torno a él.

El comisario Lambert sentado a horcajadas sobre una silla, los otros dos circulando como gatos entre la penumbra del despacho.

Con risa campechana comentó Lambert:

—Conque excedente de la Brigada Social, ¿eh, Sylvestre? Lo echaron

como a un bribón por un feo asunto de encubrimiento. El patrón de la EGSA es menos escrupuloso que nosotros. Resulta de todos modos asombroso ver un tipo tan dudoso como usted pasear con un petardo bajo el sobaco izquierdo. Ya puede decirle adiós a su licencia. Me cuidaré de advertir al secretariado de la prefectura de policía parisina que realmente a veces son negligentes dando licencias de escolta.

Sylvestre encajó los reproches sin desconcertarse. Replicó siempre impasible:

—En todo caso, si Baylac no hubiera sido tan aficionado a los tapujos dormiría ahora en otro sitio más confortable que dentro del frigorífico.

—¿Qué tapujos?

—A propósito de una damisela con la que se veía cada dos días. Baylac estaba ya en la madurez, en la edad en que se cometen las mayores tonterías cuestión faldas.

Lambert meneó la cabeza, dubitativo. Para él lo más verosímil era que el antipático financiero de *La Inmobiliaria Paradis* había perdido la vida por un asunto de dinero.

Su asesino tendría seguramente la faz de un deudor desesperado o de un acreedor furioso. Abundaban.

—Volvamos a ayer tarde. ¿Qué ocurrió antes que se fuera Baylac?

—Nada de particular. Me había ordenado que escoltase las pagas del personal de obras. Cuando me disponía a partir, me llamó para sondear a su último visitante, un tal Dupont, que esperaba en la antesala. El fulano buscaba una serrería por los contornos. Me pareció inofensivo y Baylac lo recibió. Yo ignoraba que la entrevista iba a terminarse con un par de tortazos, que Baylac encajó sin rechistar.

—¿Estaba usted presente?

—Me lo aclaró después la secretaria Monique, que oyó las tortas por su *intercom*. Volvieron a llamarme, y al subir me encontré con Dupont que salía sin apresurarse y cambiamos algunas palabras. Me dijo burlonamente que la serrería ya no le interesaba. Se fue. Yo, al enterarme del incidente de los tortazos, pensé que tras la puerta del presidente y director me esperaba una bronca. Preferí dar media vuelta. Fui a coger el volante del «D. S.» embarcando al contable y sus bolsas de paga, pero al salir del estacionamiento..., ¿qué es lo que veo?

Hizo Sylvestre una pausa de buen orador. Apremió Lambert:

—Oiga, que somos del gremio y no porteras curiosas e impresionables.

—Lo que vi fue nada menos que al llamado Dupont instalándose tranquilamente en el pequeño «Morris» rojo que vieron esta noche en el chalet. La señorita Baylac estaba al volante. El asunto adquiría un giro tan interesante que me libré del contable ante la primera parada de taxis y regresé, pero el «Morris» ya no estaba a la vista. En la duda lancé el «D.

S.» por la carretera de Andemos.

—¿Corazonada?

—Digamos instinto. Los alcancé a la altura del aeropuerto. Los dos tórtolos rodaban sin prisa haciéndose toda clase de arrumacos y monerías. Les seguí sin hacerme visible durante unos cincuenta kilómetros. Hasta que el «Morris» bifurcó en dirección a Mimizan. Como se pueden imaginar aquel tejemaneje me tenía muy intrigado.

—¿Por qué?

—Era casi psicodélico figurarse a Baylac cenando aquella misma noche, ante el que le había abofeteado allá en el chalet. Pero lo que pasó luego permite suposiciones más apasionantes. De pronto, Mireya Baylac viró a la izquierda para penetrar en la gran avenida que conduce al *Bosquet*, este motel ultramoderno que alquila sus *bungalows* a precios exorbitantes. Monté la guardia más de media hora, a discreta distancia, esperando verles regresar después de tomar algún aperitivo. Nada. Se quedaban allá. Y como Baylac podía llegarme por retaguardia y sorprenderme ahí al acecho, me dirigía al chalet con el lógico retraso. La señora cenó a solas, lo cual le ocurre con frecuencia. Al avanzar la noche, perdió un poco el control, y empezamos a telefonar a diestro y siniestro para saber dónde podía haberse metido su amo y señor.

—Que estaba parado con avería irreparable en el kilómetro cuarenta —masculló Pradol—. Pero indudablemente no es allí donde se entrevistó con su damisela, como dice usted, ni tampoco con su asesino.

Rapin tomaba nota taquigráfica de cuanto se hablaba.

El comisario Lambert repantingado sobre su silla, brazos cruzados en el respaldo, apoyando en ellos la barbilla, estudiaba al ex policía. Alzó el mentón al declarar:

—Pifió la gran ocasión de acreditar su salario. No se gana nunca nada al querer meter las narices en varios sitios a la vez. Anoche era a Baylac al que había que seguir sin hacer caso de sus órdenes.

—Era él quien mandaba, puesto que pagaba. Ya me arriesgué al tomar la iniciativa de seguir al misterioso Dupont.

—De acuerdo, pero lo importante hubiera sido seguir a Baylac. ¿Dónde fue? El «Comet» es demasiado llamativo para pasar desapercibido, aun cuando sea por parajes solitarios, pero vamos a perder varios días antes de poder reconstruir su último recorrido.

Sylvestre, por vez primera, sonrió con suficiencia.

—Habría un modo de saberlo sin pérdida de tiempo.

—¿Cómo?

—Echando un vistazo al contador divisionario del coche. Yo le volvía a poner a cero cada vez que Baylac me ordenaba dejarle solo.

Pradol silbó entre dientes.

—No está mal. Se nota que su aprendizaje en la Social le despejó el cerebello.

—Explíquese mejor —pidió Lambert, interesado.

—Baylac no es el primer acoquinado que la EGSA me encarga escoltar y también vigilar. No soy un zopenco para realizar mi trabajo como un robot, amargándole la existencia al cliente, pegado a sus fondillos. Sin embargo, para mi gusto, Baylac no estaba bastante acobardado. Por eso me esforcé en mantenerlo al extremo de un hilo durante sus escapadas. Antes de la noche del crimen, ya se había librado de mí por dos veces, y siempre del mismo modo, enviándome al quinto pino para faenas sin importancia, como, por ejemplo, llevar albaranes a Libourne, la primera vez, y una carpeta de planos a Sabres, la segunda vez. Pero a mi regreso me bastaba echar un vistazo al contador complementario del «Comet».

—¿Y qué...?

—Hay exactamente setenta kilómetros entre el estacionamiento de la Bolsa de Burdeos y el portal del chalet de Mimizan. Ahora bien, cada vez, el contador del «Comet» marcaba la misma cifra: 82 y un pico, lo cual demostraba que Baylac no debía apartarse mucho de su itinerario de regreso.

—¿Y anoche? —preguntó Lambert a sus inspectores.

Fue Rapin el que aclaró:

—Anoté las cifras del totalizador y del complementario. Este último indicaba cincuenta y dos quinientos. El «Comet», estando parado en la propia 108, un poco antes del mojón del kilómetro cuarenta, es fácil hacer la resta y arroja aproximadamente la misma diferencia de las otras dos veces, o sea trece kilómetros y pico.

Las facciones de Lambert denotaron satisfacción:

—Si el asesino no ha tenido, también él, la idea de manipular en el complementario, existen muchas posibilidades de que él «Comet» haya efectuado la misma desviación de poca distancia que en las otras dos ocasiones anteriores. Lo cual reduce mucho el campo de nuestra búsqueda. En algún sitio en torno al coche, en un radio de seis o siete kilómetros, hallaremos el lugar donde Baylac murió ahorcado.

Se volvió hacia Pradol y Rapin:

—Será vuestro trabajo y este talento de escolta quedará personalmente a vuestra disposición. Apenas salga el día, enviaré a un par de muchachos a investigar discretamente al motel *Bosquet* sobre este caballero Dupont que abofeteaba a Baylac, está a partir un piñón con la hija y se aloja en el establecimiento más caro del departamento. La pareja de muchachos vigilará también el *Caprice* en espera de mi segunda visita.

—¿Puedo saber dónde encaminará su investigación, comisario? —quiso saber Pradol.

—A las nueve de la mañana visitaré las oficinas de la inmobiliaria. Un patrón poco amado es con frecuencia mejor conocido por sus empleados que por su propia familia. La señora Baylac poco nos puede ayudar. Vive casi enclaustrada en el chalet. La hija es una chica medio *hippy* y nos volvería locos con sus *flirts*, sus relaciones juveniles y el *record* de sus singladuras de balandro. Prefiero confiar más en la malevolencia de una portera o de un botones.

Los tres se habían reunido ante el gran ventanal abierto sobre el frescor preludiando el alba.

Sylvestre se mantenía discretamente apartado. Estaba satisfecho de su exhibición de escolta consciente y bien organizado.

Pradol manifestaba su opinión personal:

—Esto no es un crimen por intereses. Creo que valdría la pena desenterrar las historias antiguas de Baylac en el departamento vecino de Dordoña. Los periódicos de izquierda de la región aprovecharon la oportunidad para mencionar a Baylac y su actitud ambigua durante la Resistencia cuando se habló de los repatriados, especialmente el pobre tipo olvidado en un campo de trabajos forzados.

Lambert alzó los hombros escéptico.

—Los del *maquis* hace ya mucho tiempo que abandonaron la pistola, las botas, por la pipa y las zapatillas.

—No todos —insistió Pradol—. Además, es necesario tener motivos muy hondos de rencor para colgar a un individuo de noventa kilos. Viene a ser como un símbolo de alto ejecutor, de verdugo justiciero. Un cuchillazo se aplica con mayor facilidad. Y la expresión «merecer la soga» no la suelen emplear ni aplicar los deudores ni acreedores. Para la gente normal que detestaba a Baylac...

—¿Qué entiende por normal?

—Me refiero a gente aburguesada, incluyendo posibles familiares deseando vengarse del faldero Baylac. Como decía esta gente, en un arrebato de cólera, emplearía cuchillo o revólver. La cuerda en cambio tiene para mí un sentido simbólico, y además significa un planeamiento frío, calculado, ya que el verdugo... digo, el asesino... hizo uso de una cadena de levantamiento lo bastante sólida para izar dos o tres toneladas, a juzgar por el tamaño impreso de los eslabones.

Pensativo, inquirió el comisario:

—¿Sabe alguno cómo se llama este repatriado de la Dordoña?

—Castel —replicó Rapin—. Bruno Castel. Un estudiante de Filosofía en el año 44, formando parte de un grupo del que fue el único superviviente. Según la prensa ni siquiera quiso volver a su casa.

—¿Cómo está tan enterado, Rapin? —quiso saber Lambert.

—El reportaje era interesante, poco común. Toda su familia le esperaba

en el cementerio.

—¿El cementerio?

—Sí, donde hay una lápida con su nombre. Allí le esperaban, turnándose.

—También lo esperaba Baylac —intervino Sylvestre desde el fondo del despacho— y es probablemente a causa de este muchacho Castel que solicitó escolta.

Asintió Lambert:

—Sí, empieza a resultar muy interesante este Castel. Ex resistente, que todavía no conoce el sabor de la pipa y las pantuflas, y que ha regresado después de doce años de trabajos forzados. Vamos a dedicarle la máxima atención a Bruno Castel.

CAPÍTULO XI

Bruno Castel salió temprano en la mañana de su *bungalow* del *Bosquet* y por el camino de la playa se fue hacia la bahía.

Vestía el polo blanco, el tejano azul y las sandalias que había adquirido la víspera en una tienda de Andernos.

Sentíase plenamente despreocupado y la limpia luz de la bahía le llenaba de un gozo que hacía largo tiempo había perdido.

Un blanco balandro se hallaba amarrado en uno de los embarcaderos del canal. Mireya todavía no había llegado.

Continuó con más lentitud hacia el chalet *Caprice* esperando verla aparecer con el jersey rojo y el tejano remendado. Pero la playa seguía vacía y pronto llegó bajo las terrazas de la finca sin haber hallado a nadie.

Una silueta robusta se agitaba en la abertura oscura de la escalera. Castel se detuvo a poca distancia.

Un muchacho moreno y de cara inocentona aplicaba una capa de pintura blanca sobre la puerta, a grandes brochazos, silbando alegremente. Al cabo de un rato, Joel Echebarri olfateó a su espalda olor de cigarrillo y se volvió.

Castel le saludó con una inclinación de cabeza. Joel contestó con un guiño, y mostrando la blanca puerta, comentó:

—Me hubiera gustado pintarla de negro, dadas las circunstancias, pero solamente tengo pintura blanca.

—¿Por qué de negro? —preguntó Castel, distraídamente.

—Tal vez conozca usted al dueño de esta finca, el señor Baylac, que murió anoche.

Castel en pocos segundos vio de nuevo ensombrecerse todo. Pronunció con dificultad:

—¿Es una broma?

—Ni hablar. Hasta parece que murió al extremo de una soga. Todavía no se sabe quién le pasó la corbata al cuello, pero puede apostar lo que sea que tras su coche fúnebre caminarán centenares de personas contentas que no respirarán hasta comprobar que de veras lo entierran.

Como alucinado, preguntó Castel:

—¿La señorita Baylac está en casa?

—Sí. Debe estar durmiendo. Para ella ha sido una emoción fuerte.

—¿Quieres hacerme un gran favor? Pídele a Mireya que venga contigo.

Yo no me moveré de aquí.

—¿No se extrañará la señorita?

—Sabe que yo la espero. Por favor, date prisa.

Recobrado de su estupor, Castel solamente pensaba en justificarse ante Mireya por todos los medios posibles, aunque fuera acusando a sus antiguos amigos que lo habían engañado tan trágicamente.

Joel regresó a los cinco minutos con cara poco amistosa:

—Lárguese y pronto. La señorita Mireya no quiere verle nunca más.

Castel lo apartó con gesto brusco y subió los peldaños de tres en tres, diciendo:

—Enséñame el camino.

—No vaya usted allá, hombre —suplicó el muchacho jadeante—. Pondrá en apuros a todo el mundo asomándose tan pronto por la casa. Hace poco que han llegado dos policías de Burdeos...

La amenaza dejó indiferente a Castel que desembocó corriendo bajo la pérgola, donde Joel le dio alcance.

—Bueno, le orientaré, pero quede a unos veinte pasos tras de mí. Al llegar allá, le mostraré una de las puertas del ala derecha, donde están las habitaciones. Después, me iré y usted se las apañará. Los dos policías están en este momento interrogando a la servidumbre. Si le ven, invente lo que sea, pero no me complique a mí.

Se deslizaron hasta la última terraza. Joel pasó a lo largo de las puertas-ventanales cerradas, y sin volverse, tendió de pronto la mano, señalando la segunda puerta y desapareció rápidamente por la esquina de la casa.

Castel repiqueteó con los nudillos sobre el batiente. Mireya debía estar esperándole, porque abrió de inmediato, pero tan escasamente que sólo entrevistó su rostro en la penumbra.

—¡Vete! —conminó ella en voz baja.

—No tengo nada que reprocharme —protestó Castel en precipitado murmullo—. Tú y yo no nos separamos ayer, desde el mediodía a la medianoche. Eres la única persona que puedes demostrar mi inocencia, y la primera que me acusas. ¿Es justo eso?

—Vete —reiteró Mireya con tono doliente—. Vete muy lejos y no vuelvas más. No te he visto nunca, no he visto ni oído a los dos que han matado a mi padre, y no diré nada a nadie. Es cuanto puedo hacer por ti... ¡Adiós!

Lo rechazaba empujándole hacia la terraza. Castel intentó resistirse sin gran fuerza y desistió ante la mirada glacial de Mireya.

Unas voces sofocadas por la distancia resonaban en el umbral del salón de estar y se aproximaban.

Castel volvió la cabeza.

—Los policías —dijo calmosamente—. Con ellos, todo quedará

solucionado en unos instantes y nadie saldrá beneficiado. Tú lo habrás querido así...

Mireya volvió a abrir la puerta, cogió de un brazo a Castel y lo atrajo al interior.

Esperaron adheridos al batiente.

Los dos policías pasaron lentamente y el rumor de sus pasos se perdió tras la esquina. Castel abrió un poco la puerta esperando unos segundos.

Al volver la cabeza, vio a Mireya sentada en la cama, abrazándose las piernas, tocando su mentón las rodillas, fijando en él una dura mirada.

—Ahora vete de una vez por todas. Yo sabía que la gente odiaba a mi padre, y trataba de compensarlo siendo afectuosa con la gente. Pero no me ha servido de nada. Los que yo creía mis amigos me han traicionado y tú mismo, al que yo quería... ¡Vete!

Desesperado, Castel salió al exterior. Bajó, sin esconderse, de terraza en terraza. Joel Echebarri le esperaba junto al batiente repintado. Su rostro redondo se iluminó de alivio al verle llegar.

Alzando dos dedos, escupió al suelo con fuerza:

—No diré nada. Puede tener confianza en mí.

Con entonación cansada replicó Castel:

—Ya todo me tiene sin cuidado. Si la policía te interroga, no tienes por qué mentir. Diles que me has visto y que sabes quién soy. Me llamo Castel, Bruno Castel.

Se alejó a lo largo de la playa.

Media hora más tarde, Luc Damian desembarcaba procedente de la Isla de los Pájaros con sus cestas chorreantes de agua de mar. La camioneta del repartidor le esperaba en un callejón.

Damian vio inmediatamente a Castel reclinado contra un árbol. El pescador efectuó varios viajes para amontonar sus cestas y acudió al encuentro de su amigo que se había retraído a la sombra de la pineda.

Acogió a Damian con ceño fruncido, hablándole incisivamente:

—Mis felicitaciones por vuestra bonita faena de anoche. Le podrás decir a Duclos que me ha echado encima a toda la policía del país.

Damian dilató los ojos permaneciendo unos segundos sin poder hablar. Con voz temblona preguntó por fin:

—¿Acaso quieres decir que Baylac se fue al otro barrio?

—Lo ahorcaron y no cabe duda que la ceremonia tuvo lugar en la serrería de Morcens.

—Pero, ¡nosotros no tenemos nada que ver! —protestó Damian—. Yo atravesé el canal ayer a las seis de la tarde y ya no me moví de mi choza. Toda la Isla de los Pájaros podría atestiguarlo. Estoy seguro también de que Duclos no se tomó ninguna iniciativa. Es demasiado prudente, demasiado metódico para actuar sin tu acuerdo y el mío.

Su asombro era tan sincero que Castel quedó casi convencido.

—En todo caso no se te ocurra llevar tus ostras al chalet de Baylac. La policía está allí desde hace una hora.

—Pero, ¿no hemos hecho nada!

—Mientras los rastreadores de la policía estén siguiendo toda clase de pistas, ninguno de nosotros tres puede considerarse a salvo. No olvides que alguien nos oyó decidir la ejecución de Baylac, y precisamente ahorcado.

—Voy directo a Andemos a avisar a Duclos. Y tú, ¿qué vas a hacer?

—Tengo que ir al *bungalow* a recoger mi documentación y mi dinero. Si la policía se lanza tras mi rastro, no quiero estar desprovisto de medios para escapar.

Se separaron en silencio. Castel se dirigió al parque del *Bosquet*. Todos dormían, y las blancas construcciones del motel se esparcían como abandonadas en medio de los pinos y las mimosas.

El pequeño *bungalow* alquilado por Castel era el más apartado. Revistió su chaqueta y poco después remontó hacia el bloque del motel, dispuesto a seguir por la gran avenida que conducía a la carretera general.

Un coche negro acababa de detenerse ante la recepción del motel, y en los dos que se apearon reconoció Castel a los dos policías que vislumbró una hora antes en el chalet.

Se ocultó tras un seto. Y poco después se deslizaba por entre la vegetación hasta la carretera. Una furgoneta de reparto le llevó hasta Andemos.

Con la visera de la gorra sobre las cejas, Damian abría ostras en la terraza del *Luxor*. Entre dientes, dijo:

—No sirve de nada hacerse mala sangre. Los gendarmes ni se han asomado. ¿Quieres que te abra una docena de «lisas»? Yo haría lo que sea para defenderte, y lo mismo Duclos. Mira, yo creo que estamos haciendo una montaña de todo eso y que no va a pasar nada. Una vez enterrado Baylac, la policía llegará a aburrirse de buscar al verdugo.

Intentaba anegar con verborrea la misma inquietud compartida por su amigo. Baylac había muerto en el momento por ellos elegido y mediante el sistema por ellos convenido.

Repitió Castel:

—No olvides que éramos cuatro en la serrería. El tipo que nos espiaba tiene su mejor defensa, acusándonos de manera anónima.

Llegaba Duclos. Su rostro de campesino ostentaba una expresión de tan sincera pesadumbre que Castel no sintió deseos de acusarle.

Fueron los tres a sentarse bajo un parasol de la terraza.

—Oye, Castel, no fui yo y debes creerme —aseguró Duclos—. Me consta que ninguno de nosotros echará la culpa a los otros dos, pero va a ser preciso dejar de vernos. Ni aquí ni en ningún otro sitio.

Damian protestó:

—No hay para tanto. ¿Por qué vamos a temer nada?

Sin hacerle caso, prosiguió Duclos:

—Anteayer mismo me sentía capaz de ser un excelente verdugo ante un canalla como Baylac. Esta mañana me doy cuenta que la cosa era demasiado fuerte para un tipo sencillo como yo. Creedme, estábamos locos al planear el asesinato...

Intervino Damian ceñudo:

—La culpa es nuestra, Michel, tuya y mía. En vez de hostigarte como a un lobo sediento en este cochino asunto, Castel, nuestra obligación era abrirte nuestras casas, buscarte muchachas bonitas, devolverte lo que esperabas, y tienes derecho a conseguir. Renacer a la vida normal. Bueno, todavía nada está perdido...

Asintió Duclos, pero su mirada revelaba temor:

—No, claro, pero las próximas horas van a ser muy peligrosas. No debemos ya reunimos. Acabo de recorrer todo el trayecto desde el aeropuerto hasta Ares. El «Comet» de Baylac está custodiado junto a un talud ante la granja de los Boyer. Y hay policías apostados a un kilómetro, en la entrada del camino forestal que conduce a la serrería de Morcens.

CAPÍTULO XII

Los diversos caminos forestales eran explorados por los inspectores Pradol y Rapin, tomando como referencia el cuentakilómetros complementario.

Volvían a colocarlo a cero apenas el «403» regresaba a su punto de partida, en el jalón del kilómetro cuarenta de la carretera.

En su mayoría aquellas pistas arenosas se internaban por los bosques y ninguna casa aparecía a lo largo de su trazado rectilíneo.

Rapin llevaba el volante y Pradol vigilaba alternativamente el contador y los lados de los caminos.

En la banqueta de atrás se hallaba el brigada de gendarmería, buen conocedor de la comarca. A su lado estaba el chófer y escolta de Baylac.

Sylvestre, agotado por la fatiga, roncaba a veces con estruendo.

Volviéndose para acodarse al respaldo, murmuró Pradol:

—Este gandul puede que termine con un par de esposas en las muñecas, brigada. Dentro de un par de kilómetros lo sacude y despierta. Si cambia de expresión al mirar el paisaje, es que estaremos en el buen camino, ¿no te parece, Rapin?

Su colega masculló:

—Desde un principio te cayó gordo este fulano. No es base suficiente para que resulte sospechoso.

Pradol echó una ojeada al contador y comprobó que les quedaba todavía un margen de tres kilómetros para cubrir el itinerario supuesto del «Comet».

La pista muy estrecha, se prolongaba a través de la maleza y se esfumaba en la espesura. Preguntó Pradol al brigada:

—¿Todavía se puede transitar sobre cuatro ruedas en esta dirección?

—Sí, pero poco a poco. Es el camino que Conduce a la serrería de Morcens. Nadie transita por ella y el piso debe ser un tobogán.

Sylvestre se despertó, removiendo los labios pastosamente y contempló los contornos con expresión aburrida.

—¿No le recuerda nada este rincón? —inquirió Pradol.

—No. Nunca he estado por aquí.

—¿Ni siquiera en compañía de Baylac?

—Tampoco.

Anunció Rapin:

—Llegamos al final del trayecto. El contador marca exactamente seis kilómetros setecientos metros. Tal vez aquí tengamos más suerte...

La verja estaba abierta del todo, y los *bungalows* del centro del paraje parecían herméticamente cerrados. Aquel aparente vacío y abandono despertó el instinto constantemente desconfiado de Pradol.

Olfateaba en torno como si presintiese un peligro latente, una amenaza indefinible desprendiéndose de aquel claro en el bosque.

—Para aquí mismo, Rapin, y echaremos un vistazo.

Al franquear el umbral de la verja, percibieron inmediatamente huellas de neumáticos que surcaban la arena del patio. Eran muy claras en determinados trechos.

Varios coches habían maniobrado recientemente entre el primer *bungalow* y los hangares. Sylvestre se acuclilló de pronto para examinar el suelo de más cerca.

—¿Qué busca? —gruñó Pradol.

—Parece que acertaron. Fíjese en estos dos surcos. Reproducen moldes nuevos. De neumáticos *Goodrich Special*, 36-3. El «Comet» de Baylac está calzado con neumáticos de esta clase, y la separación de eje me parece la misma.

Siguieron la huella hasta el umbral de un gran hangar. Al alzar la vista Pradol respingó, manifestando:

—Hemos llegado al sitio de la ejecución.

Todo estaba grabado en aquel decorado solitario como un sello en el lacre.

El puente rodante detenido en el centro de la bóveda. La cadena de elevación que bajaba entre los dos bancos de sierra. La compuerta blindada abierta sobre las tinieblas del sótano.

—Aquí fue —decretó Rapin.

Inclinados sobre el hoyo abierto vieron las gotas de sangre que salpicaban los primeros peldaños y el reborde de la compuerta.

Rapin bajó hasta distinguir el panel de palancas empotrado en un tabique. Bajo una de ellas un rótulo anunciaba: «Izamiento». La conectó con leve empujón.

Un motor ronroneó sordamente al fondo, y la cadena fue ascendiendo tintineante hacia la bóveda.

Sylvestre, manos en los bolsillos, comentó impasible:

—No es posible... Baylac era fuerte como un buey. Hubiese tenido tiempo de debatirse, de soltarse la cadena...

—¿Quiere que probemos el truco con usted? —propuso Pradol con tono mordaz—. Seguramente haría el peso...

Mientras, el brigada había estado tanteando las puertas y ventanas cerradas, explorando los cobertizos vecinos y efectuando una ronda por los

hacinamientos de maderos apilados.

No encontró nada sospechoso. Se aproximó a los tres que salían del hangar de las sierras. Preguntó Pradol:

—¿Quién es el dueño de esta serrería?

—Hace ya un año que la compró el señor Baylac. Muy barata. Le hubiese resultado difícil revenderla en el estado en que se halla.

Decidió Pradol:

—Venga conmigo, brigada. He de comunicar con el comisario. Volveré con los técnicos en huellas.

A solas con el inspector Rapin, Sylvestre se sintió más cómodo. Con mueca de disgusto dijo:

—Su compañero de trabajo tiene bastante mal genio.

—Es la pose que adopta cuando todo anda mal. Al iniciar una investigación, si le hiciesen caso, Pradol haría enjaular a cien sospechosos en menos de veinticuatro horas. Usted fue uno de los principales sospechosos hasta cierto punto. Ha sido el truco del contador del «Comet» lo que ha valido la absolución.

Dieron juntos la vuelta el claro inspeccionando tras los hangares y los apilamientos de maderos. La misma curiosidad les hizo regresar hacia el *bungalow* de persianas rojas.

Opinó Sylvestre:

—El comisario Lambert estuvo equivocado al no tomarme en serio cuando mencioné los tapujos falderos de Baylac. No era un vulgar chismorreó. La única debilidad de Baylac eran las mujeres, a su modo, naturalmente, y la prudencia debía ser para él como una especie de pudor. Gracias a eso, sin duda, se ha evitado más enemigos antes de la ejecución capital de anoche.

—¿Por qué me cuenta esto?

—No he pasado más que siete días en la intimidad de Baylac, pero fueron suficientes para adivinar sus tapujos. ¿Qué se supone que le atraía tres veces por semana, entre seis y ocho, a esta serrería abandonada? Única y exclusivamente alguna mujer en este *bungalow*.

—No le encontramos encima la llave del *bungalow*.

—Su asesino la guardó probablemente para despistar, al igual que se guardó el resto.

—¿Qué resto?

—Es sabido que Baylac no salía nunca de su despacho de la inmobiliaria, sin llevar encima una gran cantidad de dinero en billetes nuevos, por si se presentaba cualquier ocasión de un buen negocio al contado rápido y sonante.

—¡Maldita sea! —recriminó Rapin—. Esto pudo explicarlo un poco antes, ¿no? Ahora, en cierto modo, toda la investigación habrá de seguir

otros derroteros.

—Anoche me trataron como a un sospechoso. No tenía razón alguna para hacerles ningún favor.

—¿Cuánto llevaba encima Baylac?

—Según el contable, nunca menos de cien mil francos fuertes, y a veces más, si por la noche esperaba alguna visita de propietarios de terrenos.

Señaló Sylvestre el *bungalow* al añadir:

—Quizá el dinero lo dejase aquí dentro, aunque es poco probable.

Rapin encontró en un cobertizo una palanca de pico plano. Lo insertó en la jamba, y a la primera tracción lateral hizo saltar cerrojo y paño.

Entraron aspirando el aire mohoso que, sin embargo, contenía un sutil aroma de perfume femenino.

Rapin abrió las persianas. El pequeño recibidor y la cocina estaban desprovistos de muebles.

En el dormitorio todo estaba en perfecto orden. Un diván-cama, una mesita de noche con un relojito, un cenicero limpio, unas zapatillas de piel, de número próximo al 43, bajo una silla, y tras la puerta colgaba un batín acolchado, masculino.

Exploraron el armario y el cuarto de baño adjunto, sin hallar nada interesante.

—Es curioso —murmuró Sylvestre—. Baylac guardaba aquí lo necesario, pero al parecer su favorita del momento no dejó nada.

—Lo cual prueba que debe estar complicada en el asunto. En todo caso, su última conquista debía ser una morena tropical, con ojos de antracita. Mire su firma.

Desplegó una toalla-esponja manchada con un carmín de labios de color casi violeta.

—Una rubia nunca llevaría este color. Una morena sí, lo cual, nos abre vastos horizontes, ya que esta comarca abunda en morenas de tipo tropical. Por cierto, ¿Baylac no le hizo nunca confidencias?

—Nunca. Murió demasiado pronto.

El relojito de mesa funcionaba y en el silencio se oía débilmente su *tic-tac*. Rapin lo examinó de cerca sin tocarlo.

—Quizá le diera cuerda ayer mientras esperaba a su odalisca. Y mientras, el asesino aguardaba el sótano de la serrería. No toquemos nada. Los expertos vendrán a sacar todas las huellas posibles.

CAPÍTULO XIII

Los inspectores Florent y Quimper esperaban junto al teléfono en la gendarmería. Le comunicaron a Pradol la verdadera identidad del falso Dupont. Preguntó Pradol:

—¿A qué esperáis para atraparlo?

—Por el momento, Castel ha desaparecido —dijo Florent—, pero no irá muy lejos. La gendarmería acaba de radiar a todos los puestos sus señas. Estamos ahora esperando que el patrón nos telefonee de un momento a otro.

—Avisad a los técnicos y apenas lleguen que vayan a la serrería de Morcens. Rapin y yo nos quedaremos allá hasta que venga el patrón. Y en el chalet, ¿no conseguisteis nada importante?

—Otro sospechoso más. La servidumbre ha resultado muy reservada, pero no estando nosotros, se sueltan la lengua. Al pasar cerca de una ventana oí decir al ama de llaves: «Resulta extraño que no haya venido Damian». Entré en tromba, de modo que ella no pudo retractarse. El tal Damian, Luc, es un pescador de la Isla de Pájaros que cada mañana, a las seis, trae ostras y pescado. Su ausencia parece extraña.

—¿Dónde está ahora?

—Lo tenemos casi al alcance. Damian despacha sus ostras en la terraza del *Luxor*, a cien metros de aquí. De vez en cuando, Florent se asoma a ver si no ha recogido sus cestas para largarse.

Pradol, el veterano, tuvo un rictus de amarga complacencia.

—Vamos a pegarle un susto. Si se larga, es que estamos sobre una buena pista. Tú mismo, Quimper, instálate en el *Luxor* y no lo pierdas de vista. Rápido. Tienes cinco minutos de tiempo y te sobran, hasta que yo telefonee.

El inspector Quimper fue a acodarse en el mostrador del *Luxor*. Y a los dos minutos el dueño del *Luxor* llamó desde el fondo:

—¡Eh, Luc! ¡Teléfono para ti!

Damian corrió hacia la cabina. No pudo discernir si la llamada era de Castel o la de Dados. La voz hablaba aprisa, y algo sofocada como a través de un pañuelo:

—Los polizontes están desde el alba en la serrería de Morcens. Alguien te vio por allí el martes o el miércoles por la tarde, y se lo ha comunicado a la poli. Lárgate pronto y refúgiate donde puedas.

No pudo Damian ni hablar. Su comunicante ya había colgado.

El inspector Quimper le vio salir de la cabina con paso rígido, y conferenciar con un camarero que se dirigió al puesto de venta de ostras.

Damian recogió de la cajita el dinero hasta entonces cobrado, y se alejó rápidamente, encorvado, abatida sobre las cejas su gorra marinera.

Michel Duclos estaba instalado en la alameda del mercado, vendiendo los productos de su granja. El rostro descompuesto de su amigo le alarmó. Llamó a un individuo que leía el periódico:

—¡Gaston! Ocupate un poco de mi puesto mientras charlo con un amigo.

Se alejó hasta quedar apartado con Damian que le preguntó:

—¿Eres tú el que acaba de telefonarme?

—No. Yo no he abandonado mi puesto ni un momento.

—Entonces habrá sido Castel.

—¿Qué ocurre?

—La primera pega para mí. Parece ser que la policía está en la serrería y que les dijeron que anduve yo por allá.

—¿Y esto cómo podría saberlo Castel?

—Lo ignoro, pero ya que no me llamaste tú, tuvo que ser él. ¡Voy listo, estoy perdido!

—Lo estaremos tanto como tú, si te dejas atrapar. Aún estás a tiempo para desaparecer de la circulación. En dos o tres días, a lo mejor descubren al autor... Dime dónde piensas esconderte.

—Mi primo de Dax me dará buena acogida. A la que sepas algo, llámame allá. El teléfono está en el listín a nombre de Gavarny, Marcel.

Se alejó a grandes zancadas.

Michel Duclos empezó a olerse alguna trampa, ya que era imposible que Castel supiera lo que podían sospechar los policías. No había a la vista ningún gendarme, ni nadie observándole.

—Oye, Gaston, tengo que efectuar unas compras urgentes. Ocupate de mi puesto y ya liquidaremos mañana, con un veinte por ciento por tus molestias.

Fue a su furgoneta, y embolsó progresivamente. A la salida dé Andemos, un «403» negro surgió a su lado, y una mano le señaló que se arrimase. Una mano muy imperativa.

El «403» le pasó para cortarle el paso a diez metros. Duclos frenó, imprecando. Uno de los ocupantes del «403» se apeó, y vino a instalarse al lado de Duclos. Sonriente, especificó:

—¿Michel Duclos?... Te llevamos a dar un paseo por el bosque. Anda, basta que sigas a mi compañero.

Mientras, Luc Damian aceleraba el paso, pero solamente recorrió medio kilómetro en libertad. Una voz campechana le interpeló:

—¡Eh, Luc!

A la vez una mano amistosa le palmeaba la espalda.

Al volverse, se encontró Damian frente a dos policías. Conocía al de más edad, un tal Labastide, ayudante de inspector, hombretón riente y siempre de buen humor.

Acudía con frecuencia al *Luxor* y simpatizaba con el pescador vendedor de ostras.

Preguntó Damian:

—¿Qué quieres, Labastide?

—Que nos sigas tranquilamente sin formar barullo.

Damian se enfadó.

—¡Parece mentira! ¡Detener a un amigo! Me gustaría más morirme de hambre que hacer tu oficio.

Labastide rió como si oyese un buen chiste.

—Todos los oficios son buenos y necesarios, Luc, Además, ¿tienes algo que reprocharte?

—¡Nada!

—Entonces, tómalo todo con tranquilidad. Nuestra compañía no resulta nada desagradable para el que tiene la conciencia tranquila como tú.

Damian se instaló atrás en el «403», y a su lado Labastide recomendó al policía del volante:

—Date prisa. Los otros ya deben estar esperándonos.

El coche penetraba poco después por un camino forestal. Damian, que no conocía aquel acceso desde el interior, se estremeció cuando vio siluetaarse la serrería de Morcens.

Los otros coches negros estaban parados a un lado del hangar principal. En medio del patio, el inspector Rapin y el escolta Sylvestre paseaban, y en el umbral de la barraca del guarda, dos expertos recogían huellas.

Damian siguió dócilmente a Labastide hasta donde se hallaba el inspector Pradol:

—Este es el llamado Luc Damian, inspector.

—Bien. Pueden irse los dos, y unirse a los que buscan a Castel.

Un técnico humedeció en un tampón negro los cinco dedos de cada mano de Damian aplicándole las yemas sobre dos tarjetas.

Pradol invitó secamente:

—Vaya a sentarse en aquel hangar, Damian. Y quieto allí.

Deslumbrado por el sol del mediodía que inundaba el claro, Damian entró como un ciego hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra relativa.

Vio entonces a Michel Duclos sentado en el suelo, respaldado contra uno de los bancos de la sierra.

Hincadas las manos en su cinto, un gendarme montaba guardia a un

lado de la puerta desde el interior.

Damian prefirió sentarse a cierta distancia de su amigo que parecía dormitar, párpados cerrados. Sacando un cigarrillo, lo encendió Damian, y alzó la cabeza para exhalar la primera bocanada de humo.

Se estremeció. Veía su cuerda, colgando todavía de la bóveda.

Quedaba confundida entre cadenas y poleas, pero si era la que había servido la noche anterior para ahorcar a Baylac...

Pradol acudía desde la barraca, mirando fichas de material negro transparente.

Al entrar en el hangar entregó las fichas al gendarme:

—Páselas al inspector Rapin para que las examine.

Castañeteó los dedos de modo elocuente. Damian y Duclos se levantaron. Pradol habló con fingida suavidad:

—Por el momento nadie os acusa, pero recientemente habéis transitado por esta serrería y quisiéramos saber la razón. Cometeríais un grave error al negarlo. Vuestras huellas son claras, tan legibles como mayúsculas de imprenta.

No se dirigía a ninguno de los dos en particular. Prefirió Duclos tomar la palabra:

—No pienso negarlo ni tampoco Damian. Me habían dicho que la serrería no encontraba comprador y vine una tarde para darme cuenta, ya que a veces sale un buen negocio de uno que parece malo. Damian estaba aquí, conmigo, porque necesitaba una docena de tablones para su cabaña de la Isla de Pájaros, y pensaba adquirirlos a bajo precio...

—¿Qué tarde fue? —atajó Pradol.

La primera trampa. Pero felizmente conocían los días en que Baylac venía al lugar.

Fingiendo no darle importancia a la cuestión, replicó Duclos:

—Creo que debía ser el martes por la tarde.

—¿Dónde estabas ayer noche entre las siete y las nueve?

—En mi granja, regando. Todos los vecinos podrán confirmarlo. Es una coartada de puro acero cromado.

—Yo estaba en mi vivero —declaró espontáneamente Damian—. Era la hora de la bajamar. Éramos por lo menos una cincuentena trabajando en nuestros viveros. Desde allá, me habría sido necesario un cañón de grueso calibre para aplastar a Baylac.

—Bien sabes que Baylac no murió aplastado, sino suspendido del cuello —dijo suavemente Pradol—. Y precisamente aquí. En este hangar. Y uno de vosotros dos ha dejado unas hermosas huellas... Hazme el favor de venir conmigo, Duclos.

En aquel instante, un tercer coche negro se detuvo cerca del umbral abierto. Bajó el comisario Lambert, que habló brevemente con Rapin, y

acudió al hangar de las sierras.

Entrando le dijo a Pradol:

—Continúe con lo que estaba haciendo, inspector.

La compuerta seguía descorrida, y ahora la cadena de elevación colgaba encima del hoyo. Dijo Pradol:

—Vas a bajar conmigo, Duclos. Te enseñaré dónde apoyaste las manos. Resulta fácil seguir tus pasos hasta el compartimento de motores.

—Esto no demuestra nada —protestó Duclos—. Lo visité todo detalladamente para hacerme una idea del estado de la instalación. Otros lo harían seguramente antes que yo.

Bajaron. Un círculo de tiza azul rodeaba unas huellas todavía emblanquinadas por el talco. Las había por todas partes. En el reborde de la compuerta, en los peldaños, en el panel de palancas donde algunas estaban protegidas cuidadosamente con envoltorios de nylon.

Duclos contemplaba aturdido todos aquellos redondeles azules que lo acusaban de un crimen preparado por él, pero llevado a término por otro.

Dijo Pradol:

—Levanta ahora la mirada. La cadena está lista. Basta un gesto y suben los eslabones. ¡Hazlo! Sabes mejor que yo dónde está la palanca que hace funcionar el torno de elevación.

Duclos le contemplaba con ojos dilatados por una furia temerosa.

—¡Oiga, inspector! No hay derecho a acusarme así... Además toda la instalación está cortada de fuerza desde el año pasado. Nada funciona ni siquiera la bombilla en la barraca del guarda.

—Alguien volvió a conectar la fuerza. ¡Mira!

Fue el panel y empujó una palanca cuyo mango estaba protegido por una funda de nylon.

Un motor ronroneó al fondo del sótano y la cadena fue ascendiendo rápidamente con un tintineo siniestro, y de pronto el silencio que siguió se hizo lúgubre.

Desde arriba, resonó la voz del comisario Lambert:

—¿A qué espera para confesar, mi pobre amigo? Todo está contra usted, Duclos. Los culpables listos son los que confiesen sin rodeos. Luego, en el proceso, les sirve de atenuante.

Duclos no replicó. Los peldaños ondulaban bajo sus ojos enturbiados. Sentíase como un culpable perseguido desde hacía días.

Dijo Pradol:

—Es terco el mozo. Baja, tú, Damian. Si les queda un poco de sentido común, uno de los dos se sacrificará quizá para acusar al otro.

Damian bajó lentamente.

Agobiado, declaró Duclos:

—Yo ya no aguanto más. Anda, Luc, diles que están equivocados.

¡Diles que no matamos a Baylac!

Pradol se volvió rápidamente al oír a alguien riendo al fondo del sótano.

Tras el inspector vio Duclos vagamente una silueta. Una voz burlona declaró:

—Llegué a la serrería diez minutos antes que las fuerzas investigadoras, y desde entonces aquí estoy esperando. Estaba seguro que mis dos amigos se harían pescar antes del mediodía. No han hecho nada, ni han matado a nadie. Me he quedado aquí para ayudarles a salir de este lío en que se metieron. Sería injusto que les molestasen por más tiempo por culpa de Baylac. ¿Qué ha muerto asesinado...? El que le ahorcó debería ser condecorado con la encomienda del Mérito Público.

Y Bruno Castel salió de la penumbra.

CAPÍTULO XIV

El comisario Lambert venía a ser como el delantero centro de un equipo de baloncesto. Como extremos algo a retaguardia tenía a los inspectores Pradol y Rapin, y al fondo se alineaban dos gendarmes y Sylvestre que con expresión de aburrimiento se abanicaba con un periódico.

Duclos y Damian estaban a cada lado de Castel que al prolongarse el estudiado silencio de los policías, declaró:

—Mis dos compañeros dicen la verdad cuando aseguran que tienen una perfecta coartada.

—Suponiendo que lo sea, ¿usted qué coartada presenta para ayer entre las siete y nueve de la noche? —inquirió el comisario.

—Ninguna. Pero creo que lo más conveniente es que comencemos por el principio. No, no es insolencia, comisario.

Explicó brevemente Castel el sangriento episodio del establo de la Vergne que había quedado sofocado en la turbia época de la Liberación.

—...Pero quedó bien grabado en mi recuerdo y en el de mis dos compañeros. Cuenta el resto, Duclos.

Michel Duclos expuso la conjura para ahorcar a Baylac. Terminó:

—...Ayer mismo, Castel nos prohibió que hiciésemos nada.

Lambert y los dos inspectores miraron fijamente a Castel.

—Yo me contenté con aplicarle un par de bofetones a Baylac.

—¿A qué se debe tanta generosidad? —quiso saber Lambert.

—Sentí mucha pena cuando me habló la hija de Baylac, que anteanoche me sorprendió en la barraca del guarda. Pero vamos a dejarla a ella fuera del tema. Ustedes, señores, son artesanos de la deducción. Yo sé que alguien nos oyó a nosotros tres cuando planeamos la ejecución de Baylac por la horca. Este alguien ha de ser forzosamente muy hábil en espiar, ocultarse y desaparecer. Queda también claro que este alguien aprovechó nuestra idea sabiendo que tarde o temprano nos echarían la culpa. Pero, ¿cómo hallar al verdadero culpable entre los centenares que odiaban con mayor o menor intensidad a Baylac?

El comisario Lambert habló con extraña amabilidad:

—En un hombre tan sincero resalta más una mentira, Castel.

—¿Qué mentira?

—Inició usted su alegato declarando que carecía de coartada, para el intervalo entre siete y nueve de ayer noche.

Irguiéndose, especificó Castel:

—Le ruego que no la propague, comisario. La persona que debió declarar que estaba conmigo las horas citadas lo hizo por su absoluto convencimiento de que yo no maté a Baylac, aunque dudaba de mis dos compañeros. Ellos dos tienen muchos testigos de descargo. No somos culpables ni siquiera de la intención. Deberían casi estimar como meritorio el hecho de que decidiéramos no ejecutar a Baylac.

El repetido cabeceo del comisario parecía aprobar, pero replicó:

—He oído a los tres. Muy convincentes los tres. Lo malo es que hubo cierto testigo que acreditará que mientras dormía, posiblemente bajo una dosis de soporífero, la persona que alega haber estado con usted, Castel, no ya de siete a nueve, sino de seis a once de la noche, no supo que usted se deslizó fuera del *bungalow* del motel hacia las siete y media. Por favor, Sylvestre, venga aquí.

El ex policía avanzó pesadamente, inexpresivo el semblante.

Al detenerse a un lado del comisario, éste insinuó:

—Es cierto o no que usted siguió el «Morris» en que Castel y su acompañante se dirigieron al motel *Bosquet*?

—Así es, comisario.

—Y ahora le pregunto, Sylvestre, ¿quién le seguía a usted?

—Nadie.

—Entonces, ¿quién responde de sus pasos entre siete y nueve anoche?

Sylvestreladeó la cabeza, arqueando las cejas.

—Perdón, pero no alcanzo a entender el significado oculto... Sí, admito que no tengo coartada ninguna, comisario. No obstante, parece olvidar que yo mismo les orienté sobre este lugar, donde se cometió el asesinato.

—Tal vez porque en su misión de escolta concienzudo de Baylac llegó a la serrería, y mientras Baylac estaba en el *bungalow*, pudo usted oír a estos tres ex resistentes planeando el ahorcamiento. Fue muy hábil dándonos las pistas, Sylvestre.

El inspector Pradol estaba ya a un costado de Sylvestre, su primer sospechoso, por corazonada e instinto, como diría más tarde.

Preparado a aplicar alguna llave de *karate*, ya que el simple *judo* le parecía demasiado suave.

Sylvestrearguyó:

—Pueden analizar a fondo mi pasado. No hay la menor relación con Baylac. ¿Para qué iba yo a liquidarlo?

—Exactamente por los ciento veinte mil francos fuertes que Baylac llevaba encima.

Encogió Sylvestre los anchos hombros como quien es magnánimo con los errores ajenos. Proseguía Lambert:

—Usted no vigiló durante media hora a ver si salía Castel. Le bastó

verle bien acompañado, y dio por seguro que una coartada de esta clase no sirve. Se podría hablar de soporífero, ¿verdad?... y, mientras, Castel yendo hacia la serrería. Pero el que vino aquí fue usted mismo. Todo muy bien planeado, Sylvestre. Se olvidó un pequeño detalle. Resultaba un hombre interesante, misterioso, para el ama de llaves, Suzon Perrier. Ella, cuando usted acabó de cenar, subió a su habitación, donde creía encontrarle, y le vio, pero no en la habitación, sino manipulando en el garaje.

Crispó súbitamente los maxilares Sylvestre. A su lado abrió Pradol la diestra. El canto encallecido dispuesto para chocar netamente en la yugular del ex policía expulsado del cuerpo.

—En el incinerador quemabas ropa, manoplas, llenas de grasa, y trapo embebido en el alcohol. Un trapo con el que debiste limpiarte la cara, por si alguien podía verte durante tu tarea de ahorcar a Baylac y luego trasladarlo en su coche a la carretera, abandonándolo allí. Suzon bajó cautelosamente, para que no la oyeras. No sospechaba en absoluto de ti. Lo último que vio es que te habías encaramado en el banco de trabajo del taller y parecías hurgar en el interior del depósito de agua. Por si me servía para algo, me lo declaró esta mañana, a punto ya de venir yo hacía aquí. Fui al depósito. Un bonito paquete impermeable conteniendo los ciento veinte mil francos fuertes, en billetes nuevos, cuya numeración consta en el archivo del meticuloso contable. ¡Fuera con él!

Pradol efectuó una presa especial, que hizo crujir la clavícula de Sylvestre, quien, doblado el brazo a la espalda, salió casi en volandas hacia uno de los coches policiales.

Lambert encogió los hombros.

—Ustedes tres, muchachos, den gracias a eso llamado imponderable, que en su caso ha sido la curiosidad de una cuarentona ama de llaves enamorada del misterioso pistolero escolta. Y ahora que ya no tienen motivos para ser lobos, cada cordero a su redil. Pueden irse.

Al exterior, deslumbrados, intercambiaron los tres ex resistentes recias palmadas y apretones de mano.

—Tengo allá mi furgoneta. Os llevo donde queráis —brindó Duclos.

—Voy contigo, Michel. Nuestro compadre Castel tiene quien le espera. Entre los pinos se recortaba la silueta de Mireya Baylac.

Remontó Castel hasta el talud en que ella, reclinada contra un árbol, señaló la luminosa bahía.

—¿Quieres dar un paseo en balandro, Bruno?

—No. Prefiero que vayamos poco a poco hacia el chalet. Creo necesario decirle a tu madre, aunque el momento parezca poco oportuno, que tú y yo estamos decididos a casarnos lo antes posible.

—Ya lo sabe. Sí, apenas el comisario nos dijo que el asesino era el hombre que mi padre contrató para escoltarle..., ya nada podía separarnos.

Le dije a mi madre que estaba enamorada, pero esta vez, de veras y a fondo.

Cogidos de la mano, fueron internándose en el bosque.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS. Impreso en España